

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.



Benlliure
Roma 91

DOS AMIGAS.—BENLLIURE.

WALT WHITMAN.

El «buen poeta gris» (*the good grey poet*), como se complacen en llamarlo sus admiradores, el Poeta de la Democracia, como orgullosamente se titula él mismo, Walt Whitman, ha muerto en su casita de Camdem, cerca de Filadelfia, á la edad de setenta y tres años.

He aquí el resumen que de sí mismo hace en su último libro: «He llevado una vida activa como maestro de escuela de pueblo, como jardinero, impresor, carpintero, autor y periodista; he habitado en casi todas las ciudades importantes de todos los Estados Unidos, tanto en el Norte como en el Sur; he estado en calidad de enfermero y de misionero durante la guerra de secesión, desde 1861 hasta 1865, habiendo sido empleado en los hospitales de Virginia; cuando los combates de esa época concluyeron, trabajé rudamente durante tres años en el Sur y en Washington, cuidando á los heridos del Sur y del Norte; he contraído la parálisis, de la que siempre he sufrido después, y vivo ahora en un «cottage» de mi propiedad, cerca de Delaware, en el Estado de New Jersey. Mi libro principal, sin ritmo ni métrica (me ha costado treinta años de trabajo durante la paz y durante la guerra, toda una vida de hombre), tiene su objeto, ya indicado, el de «formular el mismo viejo *criterio* humano, pero esta vez en condiciones científicas, modernas, americanas y democráticas.»

Este resumen, muy exacto en su enérgica concisión, necesita, sin embargo, ser desarrollado.

Walter Whitman (Walt es una abreviación familiar) nació en un lugar de Long Island, llamado «The Farm Village,» dependencia de West-Hills, que forma parte de Hunthington, en el Estado de New York, el 31 de Mayo de 1819. Gracias á él, el nombre indio de Long Island, «Paumanok,» no corre ya el peligro de caer en el olvido. Su madre, Luisa Van Velsor, era hija de un humilde hacendado, de origen holandés, establecido en Hunthington. Su padre, llamado también Walter, pertenecía á una vieja familia de quakers, lo que desde luego explica la influencia que visiblemente han tenido las doctrinas humanitarias de la Sociedad de Amigos sobre la inspiración del poeta. Ejercía la profesión de carpintero y constructor, y el pequeño Walt, al mismo tiempo que frecuentaba la escuela de Brooklin, aprendía á manejar los útiles del taller paterno.

La infancia de Walt Whitman, como la de todos los hombres célebres, tiene su leyenda: Cuando La Fayette vino á Brooklin en 1824 para colocar la primera piedra de la Biblioteca de la ciudad, atrajo su atención un pequeñuelo de cinco años, que en compañía de otros chiquillos de más edad que él, se había trepado sobre un montón de materiales de construcción y que no podía descender. Tomó al niño en sus brazos y lo besó en ambas mejillas antes de colocarlo en tierra. El niño era Walter Whitman, á quien de esta manera consagraba como fu-

turo campeón de la Democracia Americana, el héroe francés de la Independencia.

A los trece años los estudios de Walter habían terminado y tuvo que ganarse su vida. Fué desde luego empleado en la casa de un hombre de leyes, en la de un médico y en la de un impresor después, donde trabajó durante dos años. Leía entonces ya con fervor los grandes libros de la humanidad: la Biblia, Homero, Shakespeare. Por el año de 1836 se hizo maestro de escuela, colaborando irregularmente en varias revistas y periódicos.

Tres años más tarde editó y publicó en Hunthington un periódico hebdomanario *The Long Islander*. De 1840 á 1845, se le encuentra en New York, siendo á la vez cajista y periodista, viéndose obligado durante el verano á alquilar sus brazos para trabajos campestres, á fin de hacer frente á la insuficiencia de sus recursos, datando de esta época los artículos dados á la *Democratic Review*, donde comenzó á anunciarse como un escritor de talento. En esa misma época conoció á Edgar Poe, que dirigía el *Broadway Journal* y que había publicado uno de sus artículos. Encontró en él un hombre «muy cordial y tranquilo, correcto en su persona y en su vestir y de quien siempre recordaba con placer la fisonomía, la voz, las maneras y la conversación, pareciéndole muy bueno y muy humano, pero vencido y tal vez un poco gastado.»

En 1846 volvió á Brooklin, donde redactó durante un año *The Eagle*. Encuéntrasele de nuevo en New Orleans agregado á la redacción de una hoja diaria: *The Crescent*; pero en el intervalo, había recorrido á pie, en compañía de su hermano Jefferson, la mayor parte de los Estados Unidos. Poco tardó en volver sobre sus pasos remontando el Mississippi y el Missouri, atravesando los grandes lagos y penetrando hasta el bajo Canadá para volver al Estado de New York. Durante algún tiempo, publicó en Brooklin otra vez un nuevo periódico, *The Freeman* (1850), y en 1851 adoptó el oficio de su padre, dedicándose á construir casas que revendió con honestos beneficios—muy honestos aparentemente—puesto que al cabo de tres años Walt Whitman, temiendo llegar á ser más rico que lo que le convenría, abandonó la profesión de constructor.

Existe ya en su espíritu el plan general de la misión que se atribuye y á la que se cree llamado. Piensa desde entonces ser el porta-palabra de la Democracia, americana primero, universal después, que siente encarnada en él. Edificar su propia fortuna construyendo casas, no es compatible con la predicación del evangelio democrático y del Hombre siguiendo la Naturaleza, y á esta predicación era á la que Walt Whitman estaba destinado.

Y en efecto, Walt Whitman en el centro de esa Democracia americana, fogata que resplandece sobre el mundo, ¿no era por su desdén hacia toda convención, por su aceptación alegre de la vida en

blocks, lo mismo con sus manchas y sus vicios que con sus bellezas y sus virtudes, con su amor á todos los hombres, amor cuyo doble origen era el amor y la creencia en si mismo, ¿no era, declamos, el tipo supremo del Hombre según la Naturaleza, tal como él podía concebirlo?

El presentarse desnudo en alma y cuerpo ante sus contemporáneos y la posteridad, ¿no era colocarse para siempre ante ellos como el modelo del Hombre demócrata y natural?

Así desde 1845 la vida de Walt Whitman, que han podido más ó menos calificar de bohemia, poco previsora, irregular y libertina—gentes cuya necesidad de virtud en los otros, empuja hacia la calumnia, no han vacilado en decirlo—toma una dirección definitiva y permanece hasta el fin de una actitud admirable en su unidad.

Había comenzado á escribir los *Leaves of Grass*. Bajo este título, simbolizando el empuje á la vez humilde é irresistible de la idea que se extiende sobre el mundo como las yerbas sobre el prado, donde se convertirá en granos alimenticios y fecundos, publicó en 1855 doce trozos poéticos dos veces compuestos por él, puesto que era al mismo tiempo el autor y el tipógrafo.

Se había dedicado á hacer su obra, como él mismo se había dado orden en un pequeño cartel, impreso también por él y titulado: *Make the Work*. Hacer la obra! Desde entonces, nada lo desviara. La continuará infatigablemente en su doble forma, en las manifestaciones del espíritu y en las manifestaciones de la vida material. En sus escritos exaltará la fraternidad; y en sus acciones será el hermano de todos, y antes que todos los otros, de los desgraciados, de los desviados, de los despreciados y los parias.

La primera edición de *Leaves of Grass* hubiera pasado completamente desapercibida si una carta publicada del poeta filósofo Emerson no la hubiera saludado «al principio de una gran carrera,» diciendo entre otras cosas, que era «el más extraordinario trozo de ingenio y de cordura que la América hubiera producido;» que había ahí «cosas incomparables, incomparablemente bien dichas, como debían serlo,» y que encontraba «ese valor de ejecución que tanta satisfacción produce y que sólo una inteligencia penetrante y amplia puede inspirar.»

Estas frases de aliento no determinaron, sin embargo, el éxito, y al año siguiente, habiendo Walt Whitman dado una nueva edición aumentada con veinte piezas, la edición no se vendió.

Pero los profetas no miden sus palabras á la atención que les conceden. Los troyanos se burlaban de Casandra; sin conmover á nadie clamaba Jeremías á través de las calles de Jerusalem la completa ruina de la ciudad culpable; y mientras menos escuchados eran, más alto hablaban Casandra y Jeremías. De la misma manera Walt Whitman redobló su esfuerzo y en 1860 hacía aparecer en Boston una edición lujosa de su obra aumentada con un libro llamado los *Hijos de Adán*.

Lo que ni la rareza de una forma nueva, ni el atrevimiento de las ideas y las expresiones, ni la profunda simpatía humana, que es la característica del talento del poeta, ni la glorificación de la Amé-

rica y del progreso, de la que es él obrero, ni la recomendación de Emerson hicieron, lo hizo ruidosamente el ridículo pudor anglo-sajón. Los *Hijos de Adán*, más aún que las otras partes del volumen, son deliberadamente «el himno del sexo, del amor sensual y aun de la animalidad.» Indudablemente bajo las palabras groseras y las imágenes licenciosas, existe un noble y profundo sentido y todo se purifica en la altura y la serenidad de la atmósfera donde la imaginación del poeta se mueve. La multitud de gentes que gustan de ganar el Paraíso condenando al prójimo, lanzó exclamaciones espantadas y ruidosamente colocó el libro en el Index.

Aún hoy todavía, cuando la mesa está cargada de «brandy and water» de grogs y de «toddlies,» un gentleman, el mismo que á solas entre hombres y cuando su turno le llega de cantar una copla subida de color ó contar una historia escabrosa, recita *A woman waits for me* ú otra pieza análoga, convencido de haber tocado los últimos límites de la pornografía, enrojecería al hacer alusión tan siquiera de los *Leaves of Grass* en presencia de «ladies» prontas al *shocking*.

Esta indignación es, por otra parte, como la lanza de Aquiles: lleva en sí misma la curación para las heridas que hace. Compraron *Leaves of Grass* desde que era un libro malo é inculpado por inmoralidad, Walt Whitman se hizo célebre.

Durante esto, la guerra de secesión estalló. El hermano de Walt, Jefferson, servía en los ejércitos del Norte. Herido en la batalla de Fredericksburg, no quedó nada sorprendido al ver á su hermano acudir para cuidarlo; pero el campo abierto á la generosidad y á la simpatía de Walt Whitman era demasiado seductor para que pudiera resistir al deseo de entrar. Cuidó á su hermano, y también durante tres años, ya en los campos de batalla, ya en los hospitales de Virginia y Washington, teniendo por único recurso la autorización de sacar lo que hubiera en los almacenes militares, atendió física y moralmente á más de cien mil heridos de ambos partidos.

«Nunca olvidaré, escribía en 1876 un testigo en el *New York Herald*, una noche en que le acompañé á través de las salas de un hospital henchido de esos jóvenes americanos de los que ha celebrado el heroísmo en cantos inmortales. Había tres hileras de camas y un hombre en cada cama. Cuando hizo su aparición y á medida que avanzaba, una sonrisa de afecto y de bienvenida se leía en todos los rostros, por muy descompuestos que estuvieran; su presencia parecía iluminar la sala. De cama en cama lo llamaban, con voces temblorosas frecuentemente ó con un tímido murmullo; lo abrazaban, le estrechaban las manos, le contemplaban, á uno le dirigía palabras de aliento, escribía una carta para los padres de otro, á otros daba una naranja, dulces, un puro, una pipa y tabaco, una hoja de papel, un timbre de correo, todas estas cosas que, sin contar otras muchas, traía en su amplio *havresac*; otro le confiaba un mensaje supremo para una madre, una mujer, una amante; á otro le prometía hacer una gestión que le interesaba, á otro, algún amigo, pudiendo ya apenas respirar, le daba un viril beso de despedida. Por todos ellos hacía lo que ni enferme-

ros ni doctores hubieran podido hacer, y cada vez que pasaba ante una cama, parecía dejar una bendición en ella. Muchas veces, hacía ya tiempo, que el hospital había encendido su alumbrado nocturno cuando él lo abandonaba, y en el momento en que se dirigía á la puerta, se oían las voces de los heridos gritando: «Walt, Walt, Walt; volveréis, verdad, no dejéis de volver.»

Y tantas veces volvió, que en una de ellas, ayudando á la amputación de un miembro gangrenado, recibió una herida en la mano derecha, recogiendo quién sabe qué podredumbre de hospital que le vició la sangre.

En recompensa de estos servicios que no se pagan, le dieron un empleo en el Ministerio del Interior; pero un día el Secretario de Estado, cuyo nombre merece pasar á la posteridad,—se llamaba Harlam—supo que su empleado era el autor de ese libro escandaloso *The Leaves of Grass*, en el que se leían verdades capaces de hacer enrojecer á un mono y lo despidió por inmoralidad. Tranquilamente Walt, continuó visitando á los enfermos en los hospitales de Washington. Esta mala acción no quedó, sin embargo, impune, puesto que inspiró á un amigo de Walt un librito de unas cuantas hojas, vibrantes de indignación y cuyo título: *The Good Grey Poet*, ha permanecido siendo el nombre familiar del gran poeta demócrata que escribía precisamente entonces una de sus obras maestras, el *Himno Fúnebre del Presidente Lincoln*.

Expulsado del Ministerio del Interior, fué acogido por el de Justicia, trabajó en las oficinas del *attorney* ó abogado general hasta 1873. En este tiempo, la muerte de su madre y un cruel ataque de parálisis, lo obligaron á abandonar sus funciones y se retiró á Camden al lado de su hermano el Coronel Jefferson.

En el intervalo de esto había publicado un libro de cantos guerreros, los *Drum taps* (Baterías de tambor, 1865) que fueron reunidos más tarde á los *Leaves of Grass*; dos nuevas ediciones de esta colección habían salido, una en 1866, aumentada con los *Longs before parting* («Cantos antes de la separación») y en 1871 la otra, acompañada de un nuevo volumen de versos, *Passageto India* y de una obra en prosa, *Democratic Vistas*, donde con un elocuente ardor expone sus teorías democráticas y su manera de ver para el porvenir. Había hecho también varias conferencias sobre el Presidente Lincoln, leído en público algunas obras inéditas y enviado artículos á las revistas y los periódicos. Su nombre no era ya desconocido en su país y el grupo de sus admiradores crecía diariamente.

En Inglaterra, el entusiasmo, aunque limitado á un pequeño grupo, no era menos ardiente. Desde 1868, W. M. Rossetti, hermano del pintor poeta Gabriel Dante Rossetti, había publicado una selección del *Leaves of Grass*, de la que todas las hierbas escabrosas habían sido cuidadosamente podadas. Carlyle, Tennyson, Ruskin, Robert Browning, Buchanan, el mismo Swinburne, á pesar de haber escrito la *Witmania*, Rhys, Symon, Buxton Torman, Dewden, otros varios, ilustres ó desconocidos, formaban alrededor de él una devota falange.

Lo demostraron en 1876 cuando el poeta que aca-

baba de escribir un volumen de recuerdos en prosa, *Memoranda during the war*, enfermo siempre, más desprovisto cada día de recursos y agarrado por el engranaje de las deudas, estuvo á punto de perecer falto de cuidados. Una nueva edición de *Leaves of Grass* y un volumen de trozos en prosa y verso, *The two rivoulets*, encontraron en Inglaterra compradores solícitos, de los cuales más de uno pagó dos y tres veces el precio de las obras para más eficazmente ayudar al poeta. Otros le escribieron enviándole directamente su homenaje de fraternal admiración. El poeta no fué ingrato, poco tiempo antes de su muerte escribía en su último libro *Good Bye, my Fancy* («Adios mi Fantasía»): «Esta acción inglesa, llena de emoción, atrevida, liberal y amiga, de una oportunidad precisa, me hizo el efecto que á una rama produjera el ser sacada del fuego y me dió vida para acabar mi libro, casi completo hoy. No lo olvido ni lo olvidaré nunca, y si tengo algún biógrafo, le encargo no olvide esto en su narración.»

Me reprocharía no obedecer en mi humilde parte á este voto conmovedor.

Durante 1879 á 1880 su salud momentáneamente mejorada le permite hacer un viaje por Kansas, el Missouri, Colorado, y aun pasar un verano en el Canadá.

De vuelta á Camden se vió obligado á publicar él mismo una edición ilustrada de *Leaves of Grass* que la casa Osgard, de Boston, había comenzado, teniendo que abandonarla porque el muy virtuoso ministerio público de esa ciudad amenazaba perseguir ese libro inmoral. La hipocresía y la imbecilidad no se confiesan vencidas nunca. Esta edición es á la que se ha dado el nombre «edición del autor» (*author's edition 1882*); al año siguiente salió otra en Filadelfia, al mismo tiempo que un volumen de notas autobiográficas, titulado *Specimen Days and Collect* Walt Whitman ha publicado desde entonces: *Las ramas de Noviembre* (November Boughs 1888), una edición más de *Leaves of Grass*, aumentada, un grueso tomo titulado *Complete Poems and Prose of Walt Whitman 1855-1880*, y por fin, en 1891 el volumen de versos y prosa citado antes *Good Bye, my Fancy*.

Hacia varios años ya que se hallaba clavado por la parálisis en su casita de Camden, donde envuelto en una gran piel de lobo y sentado frente al fuego en medio de sus papeles y libros amontonados ó arrojados en desorden sobre mesas y sobre el suelo, recibía á sus numerosos visitantes con una cordialidad llena de sencillez y acogimiento. No se le veía ya en las calles de New York donde en otro tiempo gustaba pasearse á solas con su pintoresco traje de obrero, con el cuello descubierto, con los cabellos y la barba flotantes, con la cabeza sombreada bajo las alas inmensas de un sombrero de fieltro blando. Caminaba entonces, mezclándose á las multitudes, sonriendo á los niños, platicando amistosamente con los pobres. Una de sus satisfacciones más grandes era sentarse en un ómnibus al lado del cochero que se sentía orgulloso de platicar familiarmente con el *good grey Poet*. Estos paseos llenaban también de satisfacción á otro gran poeta, Víctor Hugo, que en muchos puntos hubiera estado de

acuerdo con Walt Whitman, quien conocía de pararas y de su vida social, todo lo que se puede saber leyendo y relejendo *Los miserables*. Le cuentan de él rasgos evangélicos que hubieran encantado el corazón del Obispo Myriel. Un día encontró en las calles de Boston á un miserable en quien reconoció un camarada de infancia, lo abordó, y el otro, sofocado como una bestia perseguida, le contó en breves palabras su vida de vicio y de crimen; estaba fugitivo, buscando la manera de llegar al Canadá, porque recientemente, en una riña nocturna, había matado á un hombre en New York. Reteniéndolo de la mano donde depositó todo el dinero que tenía, Walt Whitman inclinó su noble cabeza sobre el rostro manchado del asesino y lo besó en la mejilla. El corazón de ese hombre sintió como si se fundiera y se alejó rápidamente con el pecho sacudido por sollozos.

Walt Whitman era grande, majestuoso, de formas atléticas, de fisonomía heroica y dulce; el extranjero, que lo distinguía entre la multitud con sus ropas de una sencillez y una limpieza absolutas, repetía inconscientemente lo que una vez había dicho Lincoln: «No conozco á ese que pasa, pero sé que es un hombre.»

Era un hombre en la más alta y más amplia acepción de la palabra, y esto nadie trata de ponerlo en duda. Era también un poeta? Hay algunos todavía que no lo creen; Walt Whitman había rechazado todas las leyes y todas las tradiciones de la métrica inglesa y escribía en versículos más bien que en versos. La distinción entre ciertas palabras propias á la poesía y entre otros términos buenos solamente para la prosa, no tenía ningún sentido para él. Igual que Victor Hugo, atribuíase el haber arrancado el bozal á las palabras, haciendo entrar la revolución en el diccionario. Su manera ditirámica no tenía ni regla ni freno. Con frecuencia procedía á largas enumeraciones, obligado por su deseo de comprender toda la naturaleza, sin excluir ni un solo sér, ni un solo objeto, de la simpatía de su espíritu y de la consagración de sus cantos. De todo esto han hecho durante mucho tiempo motivo de

burlas y parodias, y hay todavía artistas enamorados de la forma y aficionados de una delicadeza, quintaesenciada á los que se unen, aquellos que para no desviarme sólo andan por caminos ya recorridos, se resisten á llamar poeta á un escritor que no cuenta los zambicos y que desdeña las aliteraciones.

Otros, por el contrario, consideran á Walt Whitman á la altura de Ezequiel, de Esquilo, de Dante y de Shakespeare, y ven en él al *Vate* de los tiempos nuevos.

No hay que olvidar en el juicio que se traza sobre el poeta, el objeto y la energía con la que sometía todo á ese objeto: «probablemente he sido—dice—y sigo siendo muy poco escrupuloso á propósito de ciertas negligencias y repeticiones á la manera de un perico, quizás caigo hasta en platitudes y vulgaridades;» y en otra parte: «no solamente no me he atormentado por cuestiones de estilo, de forma, de arte, sino que confieso una apatía más ó menos, siendo en ciertos momentos hasta una aversión declarada tratándose de esas cosas á las que yo no pido sino ventajas negativas, es decir: que nunca me sean un obstáculo, y que nunca y en ninguna circunstancia se me impongan como una ley.»

Entre los que lo admiran y entre los que lo niegan, quién podrá trazar la diferencia. La posteridad sin duda. Entre tanto si la grandeza y la novedad de las imágenes, la abundancia de inspiración, el poder de elevar la trivialidad de las palabras hasta la más alta nobleza de pensamiento, la fe en su misión, el ardor ciego y obstinado del profeta, el amor entusiasta de la humanidad en todas sus manifestaciones y en todos sus grados, el patriotismo más puro y la religión de la democracia son, con la amplitud de dicción y la armonía, elementos suficientes para formar un poeta, nunca han estado reunidos con tanta magnificencia y tanta fuerza como en ese anciano que quiso glorificar al hombre desde sus sublimidades hasta sus bajezas y ser el heraldo de un porvenir de fraternidad en el que, á despecho de todo, creía generosa y robustamente.

B. H. GAUSSERON.
París.

REVISTA MODERNA.
B. C. C.



UN CASTILLO INGLÉS.—MOON.

RIMAS DE AYER.

Vi la vidriera en donde los crepúsculos
 Fijaron dolorosas agonías;
 Miré el festón de las moradas hiedras
 Que en el arco musgoso de la ojiva
 Volcaban la tristeza de sus urnas
 Por el aura otoñal estremecidas

Colgaban los ebúrneos floripondios;
 Ostentaban su esmalte las pervincas
 Y rimando la angustia de mi alma
 El pálido crepúsculo moría!

Difundiendo fulgores en la sombra
 Llegaste hasta el alféizar; en la tibia
 Tristeza de la tarde, fulguraron
 Cual gemas milagrosas tus pupilas;
 Llegaste hasta el alféizar, silenciosa
 Como un fantasma pálido, y altiva
 Como una emperatriz, y en el silencio
 Vespéral de la tarde mortecina
 Tus ojos derramaron un torrente
 De claras y azuladas armonías.
 Oh! tus ojos! tus ojos milagrosos!
 Tus ojos tristes de gacela herida,
 Que el dolor hace oscuros como hiedras,
 Y que cambia en turquesas la alegría!
 Tus ojos y el azul con que fulguran
 Cuajadas de rocío las pervincas,
 Tus ojos y el misterio tenebroso
 De las profundidades submarinas!

Marchito cuelga el lacio floripondio,
 Y gotea su copa marfilina

Un opio que embalsama y adormece:
 Así vuelca tu frente pensativa
 Pésames y dolores.—Y la hiedra
 Sigue temblando en la musgosa ojiva;
 Así tiembla en tus ojos el presagio
 De una inmensa desdicha....!
 Y serán para otro las dulzuras
 Y las serenidades infinitas
 Que brotan luminosas y fervientes
 De la cisterna azul de tus pupilas....!
 Y será para otro de tu frente
 La palidez divina!....

Hermana: corre hasta el jardín sagrado,
 Deja al pie de la estatua de Afrodita
 Tu palidez: un haz de floripondios.
 Tus miradas: un ramo de pervincas!
 Y mientras el cortejo de tus nupcias
 Va pasando en la sombra vespertina
 Yo esperaré, escondido como un Fauno,
 Y de mi tedio, de la gruta umbría,
 Saldré luego furtivo y en la selva
 Al pie de la Afrodita
 Recogeré por fin ese trofeo
 De mis soñadas dichas:
 Un ramo de marchitos floripondios
 Y un haz amoratado de pervincas!

JOSÉ JUAN TABLADA.

México.—1899.

LA ALEGRÍA DE LA MUERTE.

(Del Libro "Asfodelos.")

PARA JESÚS E. VALENZUELA.

Nuestra Señora la Muerte sentíase profundamente malhumorada. Durante toda la noche había errado de un lado al otro del cementerio, paseando su manto blanco á lo largo de las avenidas, haciendo chocar los huesos de sus manos y mirando con sus miradas profundas y sin expresión las blancas filas de sepulturas. Se detenía ante los túmulos suntuosos, plegando sus labios secos con macábrico gesto, y los observaba sintiéndose llena de satisfacción al considerarse la dueña de todo lo creado, la soberana demarradora de lágrimas, el terror del pobre mundo, la grande, la Todopoderosa.

A lo lejos, de la ciudad se levantaba luminosa polvareda; la malhumorada la veía friamente, preguntándose si todos cuantos la habitaban podrían fácilmente caber en su tenebroso dominio, y extendía su vista sobre los campos, pensando en reemplazar trigos y árboles por desnudas ó labradas

piedras y en apagar con paletadas de tierra el brillo de la ciudad.

Al amanecer se puso en marcha, razonando silenciosa. Su descontento era en verdad bien grande: desde arriba no la ayudaban; los tiempos eran malos hasta el exceso; durante todo el año ninguna epidemia, ninguna guerra, ninguna de esas mantanzas en grande que la regocijaban, llenándola de trabajo y librándola del roedor fastidio. Para alimentar á sus gusanos, pobres y débiles criaturas confiadas á su cuidado, para nutrir la voraz tierra, había tenido que ir de un lugar á otro, acechando, sitiando, poniendo el revólver ó el veneno en las manos de los cansados, affigiendo madres, viéndose obligada á ahogar las súplicas y á apartar bruscamente los brazos defensores de las vidas queridas.

En su irritación, se proponía trabajar duro y poblar toda una avenida del campo-santo, que en sus

nocturnos paseos le disgustaba por hallarse virgen de despojos humanos.

En la primera casa que acertó á distinguir, penetró fieramente como Señora y Reina, encontrándose á un anciano, lo que la llenó de despecho, aumentando su criminal impaciencia y su fastidio. Los cabellos blancos le hacen pensar en la nieve y en el frío de sus cementerios. Las arrugas, los rostros ajados, le recuerdan su existencia, vieja ya como el mundo. Ella busca, sobre todo, los rostros jóvenes, los cuerpos fuertes, los seres que harán falta, y sobre los que el llanto dejará su humedad.

El anciano sintió que en él pasaba algo de anormal; su cabeza y sus miembros se entorpecían, sus pies se enfriaban, se turbaba su vista y un inmenso terror le invadía; alarmado, pidió á gritos el auxilio de un médico. La Muerte, exasperada, ahogó el grito, rompió el hilo que á la vida lo sujetara y se alejó impávida.

—«Decididamente, se decía al salir,—soy demasiado buena y por lo mismo demasiado estúpida. Llevarme un viejo que unos meses más tarde hubiera ido por sí solo, librarlo de una vida que sólo era un peso, un constante temblor, una ruina!... no, decididamente he sido demasiado buena y es preciso vengar mi torpeza.

Caminando, llamó su atención un poco más lejos, una casa en la que todo parecía sonreír; las hay así, casas que parecen rostros amables, con sus rejas recién pintadas, sus cortinas de colores muy claros, y sus enredaderas en las que hay prendidos ramilletes de flores; casas que detienen al transeunte para hacerlo envidioso. «Bonito nido, murmuró la visitante, ya lo veremos dentro de una hora,» y haciendo chocar los huesos de sus manos, se entró recta hasta un cuarto en cuyo fondo, y elevado como un trono, aparecía el lecho.

La esposa dormía. La Muerte tocó sus brazos desnudos, haciéndola estremecerse de frío, oprimió ligeramente el cuello para procurar una poca de ansiedad, le dió tiempo para llamar, vió con placer que todo el mundo se alarmaba, rió de las carreras, de los fracasos traídos, prolongó sus frías caricias é hizo profunda reverencia, acompañada de horrible mueca, al médico que precipitadamente entraba. Volvió á oprimir con más fuerza, acercó su boca infecta para aspirar el aliento de su víctima, paseó sus dedos ásperos por el hermoso cuerpo; le estrujó el corazón, y cuando después de haber jugado con esa vida como juega el gato con el ratón, se hubo cansado, la sacudió y se alejó impasible, sonriendo al coro de lamentos que tras sí dejaba. Fué luego una larga sucesión de asesinatos; por donde quiera que pasaba, dejaba ventanas cerradas, casas donde las abandonadas se miraban con huraños ojos sin atreverse á hablar, largas letanias de rezos entrecortadas por sollozos. A las cuatro de la tarde, algo atormentada por tanto llorar, se introdujo en el cuarto de uno que la llamaba.

Ahí fué recibida como una Redentora; los dedos fríos, largos y duros como tenazas, parecieron suaves y blandos; el rostro ajado, el gesto espantoso, tomaron las formas de un rostro joven y piadoso, llegando como una amada á imprimir el beso sagrado; el manto húmedo, el sudario medio desga-

rrado, pareció ligera gasa velando un cuerpo muchas noches soñado y deseado en todas las horas de desfallecimiento.

Las bendiciones que ahí recibió, de nuevo la disgustaron, y cuando buscaba á quien llevar consigo una vez más, tropezó con un médico.

Ah! Señor Doctor! apresurados vamos! sin duda será para arrebatarme algún pensionario. Vuestra ciencia es tan grande, prodigáis tanto la salud y la vida, que yo, pobre muerte, necesito de vos. Y diciendo esto, maltrataba al sabio, que muy ocupado con la muerte de los otros, apenas si se ocupaba de la suya: con precipitación penetró á una botica, pidió agua y polvos, pero cuando se disponía á usarlos, la disgustada dueña del cementerio le ahogó de un seco y formidable manotazo.

En la noche, antes de volver á su dominio, una gran iluminación la atrajo y lentamente entró á un circo. Como á buen tirano, el goce de los otros la ofendía, le estorbaba, pareciéndole que de algo la despojaban; las luces, el brillo de los colores, la orquesta, la pusieron fuera de sí; consolóse, sin embargo, pensando que todos, absolutamente todos, le pertenecían; lo mismo los alegres que los fastidiados, los inteligentes que los estúpidos; los poderosos que los miserables; todos eran carne que engordaría á sus gusanos; con sólo extender su mano y dar fuerza á su soplo, interrumpiría la risa y evitaría el aplauso, sin que nadie, absolutamente nadie, pudiera librarse de su yugo. «Adios, pues, rostros jóvenes, rostros hermosos, corazones inflamados y seres que esperáis la ventura, ninguno de vosotros pensáis que sois míos; reflexionáis, os movéis, hacéis ruido, y vuestra vanidad, inflándose inmediatamente, os hace creer libres y dueños de vosotros mismos: ah!»

«Ah! pobres locos! yo sola soy vuestro dueño, me pertenecéis desde el principio de los siglos y me perteneceréis hasta que mis huesos se rompan bajo las ruinas del Universo. Reid, reid, haced los movimientos que en mí causan espanto; el hilo de vuestra vida, pobres fantoches, está en mis manos; reid, representad vuestra comedia hasta que el sostén se rompa y os deje caer sobre el tablado frío, enlutado escenario de silenciosa tragedia, que será el ataúd.»

Vino á interrumpirla en su amenazante monólogo la aparición de un payaso blanco como ella; hacía gestos irónicos parodiando el dolor de una pasión no correspondida; en su ancho traje de seda ostentaba, delicadamente bordadas, inmensas calaveras llorando por sus órbitas vacías. Hola! exclamó la fúnebre espectadora, hola! conmigo juegas y el dolor parodias, amiguito mío; yo contendré tus risas y te haré no reír del dolor,» y saliendo fué derecho á la casa del *clown*.

Bebé, el niño que alegraba el hogar con lo sonoro de sus risas y la constante movilidad de su pequeño cuerpo, dormía descansando de sus innumerables carreras y su eterno charlar. Sobre su rostro caía el resplandor de una lámpara azul. *Bebé* dormía risueño, los diminutos puños cerrados y el aire satisfecho.

La criminal se detuvo un momento; aunque no quería confesárselo, sentía debilidad, algo así como

remordimiento de arrancar un ángel tan hermoso, de cambiar sus facciones nunca quietas por las inalterables líneas, y su constante bullicio por el más completo silencio. Pensó en los besos y en las caricias que diariamente debía recibir, en las carcajadas que el padre tenía que arrancar á su humor no siempre riante, para rodear de cuidados al niño, y casi estuvo por retirarse. Su debilidad la detuvo; llevó un dedo á su frente y miró de nuevo al niño: «Vamos, se dijo, es que por casualidad me volveré compasiva? No, mi honor no lo permite,» y comenzó la obra.

Esta, que al parecer era sencilla, no lo fué tanto. La madre acorazaba al niño, lo defendía, lo resguardaba, lo cubría con su cuerpo para evitar los abrazos de la cruel.

Cuando sentía que los pequeños miembros se helaban, ella les daba su calor y cuando la respiración era difícil, ella le daba su propio aliento.

Fueron horas de ansiedad; á veces los dedos fríos tocaban la piel fina, pero la madre removía á la criatura haciendo circular la sangre, y la vida volvía lenta, los pequeños ojos se abrían, la cabeza pálida encerrada en su marco de cabellos rubios, recobraba vida, hasta que algunos minutos después los dedos tocaban de nuevo, y el frío volvía y la palidez era más grande.

La lucha duró varias horas, la madre no se cansaba nunca y la Muerte se indignaba. Hubo un momento en que pensó llevarse también á la defensora, pero entonces no habría dolor y el triunfo no sería completo.

Al fin venció, cuando la madre se apartó un momento dejando descubierto el cuerpecito.

El honor de la Muerte, estúpido como el honor de los hombres, había dado muerte á *Bebé*.

Al día siguiente, sus víctimas llegaron una después de otra. Ella las recibía ceremoniosamente, les rendía todos los honores, aceleraba á los sepul-

tureros, hacía remover la tierra y sonar las campanas. Vino el ataúd de la desposada, cubierto de flores llenas de frescura y de vida: ironía propia de todo funeral. Vino el niño en su caja pequeña: blanca y acolchonada como un lecho; vinieron el viejo y el joven y los otros, siendo colocados á pequeñas distancias, en la avenida, un día antes desierta y llena ahora de flores. Vinieron los dolientes, rostros afligidos y sinceros, rostros indiferentes ó imbéciles, rostros de ocasión, como los trajes que llevaban, como las palabras que decían. Las cajas desaparecieron, las flores murieron bajo las paletadas de tierra, las lágrimas se secaron, y de nuevo, sólo hubo silencio.

Esa noche, la luna brilló con todo su esplendor. Cerca del cementerio los perros ladraban; á lo lejos, la ciudad mostraba sus millares de puntos luminosos brillando como estrellas en cielo obscuro, y el viento mecía las ramas que dan sombra á los lechos adonde nunca llega el calor. La Muerte se paseó á lo largo de las tumbas; abría las recién cubiertas y se alegraba viendo el cuerpo puro, el cuerpo joven de la desposada que un día antes dormía sobre brazos amados, amarillento, con manchas azuladas, siendo pasto de los gusanos, y observaba atenta los lugares donde más abundaban, animándolos en su obra; iba al niño, desbarataba los cabellos que caían á lo largo de la cara color de cera, palpaba las manecitas que antes removieran todo; meneaba los cuerpos, se embriagaba en su olor, é indiferente se alejaba, acosada otra vez por el soberano fastidio.

Pero su gran satisfacción, su mayor goce, era pensar que si todos le pertenecían en cuerpo, por completo le pertenecerían un mes, un año, dos años después, cuando el olvido los hubiera borrado de la memoria de los hombres. La Muerte se retiró; su día no era del todo malo.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

DESEOS?

Á LEOPOLDO LUGONES, EN PARÍS.

¡Oh Verso Alejandrino! á quien preceden pajes,
príncipes y princesas—sedas, oros, encajes.—
¡Oh Verso-Rey! que moras en palacios de Francia,
á quien en copa heroica el rojo vino escancia
de su sangre la Musa, coronada de estrellas;
la Musa hermafrodita de himendoscentes huellas;
ante tu trono el Numen Americano doble
sus jóvenes rodillas, para luchar, de roble;
y arroje en los escaños de tu rotundo Solio
lós mirtos y las palmas del nuevo Capitolio.
Viene de las montañas que enarminó la nieve,

donde al fulgor del Iris posó su planta leve
 la fugitiva Hada de los ensueños blancos,
 bajó de aquellos montes, por los enormes flancos,
 y matizando flores, perfumes, frutos, plumas,
 se desparció en las playas en ondas y en espumas.
 Al recibir su ofrenda—café, copal, y piña—
 ofrécele una ánfora de tu más rica viña,
 asíentale á tu mesa, la de vajilla de oro,
 y haz que entonen tus ninfas en su loor un coro.

Empavesa tus templos, columnas, monumentos,
 con flámulas que crujan al golpe de los vientos,
 que el pueblo se desborde por las inmensas calles,
 que empenachen las fiestas las aguas de Versalles;
 ábrele tus museos, teatros y salones;
 que en imperial revista los bravos escuadrones
 desplieguen á sus ojos guiones y banderas,
 enséñale tus tumbas gloriosas y severas.
 De la noche un carbunco haz en aéreo juego
 con las gamas candentes de las fiebres del fuego,
 y repite á ese púgil como un pean las listas
 de tus héroes, tus reyes, tus sabios, tus artistas.

¡Oh Verso Alejandrino! El no es tu vasallo.
 Viene de donde fragua el Porvenir su rayo.
 ¡Y oh Verso Rey! El sabe, se lo ha dicho una diosa,
 (la Belleza) que pronto, únicamente en prosa,
 con libertad de rima, la Santa Poesía
 se verterá en las almas, como en el cielo el día.

¡Oh Verso Rey! celebra tu postrimera fiesta,
 el Numen que ha venido, dejando la floresta
 de América, te rinde su último homenaje:
 tu Rey será mañana el que hora es tu Paje.

JESÚS E. VALENZUELA.

FRAGMENTO.

¿La tierra en que nació Emilia? Cálida, pródiga en tempestades y en pasiones trágicas y poblada por vástagos de arábica raza. Allí, en las tardes, cuando el contemplativo sale á las afueras con algo de imaginación y un poco de buena voluntad, puede mirar cómo el inmenso Mar Pacífico refleja su agitada superficie sobre el cielo poniente de esa tierra occidental mexicana.

Allí los hombres raras veces envejecen, las mujeres pierden muy pronto su estorposa virginidad, y algunos clérigos asimilan á su religioso estado los amores bucólicos y antinaturales que Virgilio cantó.

Frondosos jardines perfuman el ambiente con aromas enervantes, y por las noches brillan las miradas de los hombres como carbunclos engastados en máscaras faunescas.

Allí se fabrica y se bebe un vino de acre sabor, que incita á reñir y á matar... á matar por nada, sólo por ver sangre y por matar.

Heroicidades homéricas cuenta la Historia Nacional de sus guerreros; entre sus frailes y entre sus clérigos hubo hombres que igualaron al Asis y al de Paul, en mansedumbre y en caridad; y las leyendas populares dicen de sus bandidos fechorías,

junto á las cuales parecen chiquilladas los autos de fe del Santo Oficio.

Allí todas las pasiones son exuberantes y grandiosas; especialmente el amor... Allí las mujeres no admiten transacciones sentimentales ni análisis... aman con locura y desenfreno, con ceguedad; como Eloisa, como Julieta, como la rubia novia del príncipe Hamleto... y por amor saben morir y saben matar...

Las meretrices de esa tierra, cuenta la leyenda, que usan daga entre la carne y la atadera; entre las que dedican su existencia al claustro, ha habido algunas que destruyeran su hermosura con artificios químicos; y entre las hijas del de Paul hay muchas que perecen, presa de infecciones horribles y asquerosas.

Y en esa tierra de guerreros heroicos, de frailes que en mansedumbre igualaron al de Asis y en vicios á los habitantes de Gomorra; en esa tierra que por las tardes refleja en su cielo la superficie del Inmenso Mar Pacífico; en esa tierra donde las mujeres aman como Eloisa y Julieta y como la rubia novia del príncipe Hamleto, en esa tierra nació Emilia, la heroína pasional de este relato...

ALBERTO LEDUC.



MATER TRIUMPHALIS.

Yo soy el arpa entre tus manos, Madre!
 Todas mis fuertes cuerdas se distienden
 al soplo del Amor que te consagro;
 todas mis fuertes cuerdas se estremecen.

Yo soy el clarín místico en tus labios;
 cuando, bajo tu soplo, el aire hiende,
 las tumbas de las almas se hacen versos,
 podre las religiones se convierten.

Y se llenan las almas y aun las viejas
 religiones también, con las celestes
 voces de la trompeta de tu juicio
 que expande por doquier fuegos de muerte.

Eres la tocadora del gran órgano
 y son tus notaciones truenos; eres
 música y yo el pedal que tu alba planta
 aprieta, cuando toca, dulcemente.

Eres el rojo rayo que desgarrar
 de la noche invernal la negra veste;
 yo soy esa pequeña nubecilla
 que en tu seno de madre se estremece.

Me quemaré ante tí. Yo pasajero,
 como la bruma que la aurora hiende,
 sobre la línea roja del océano

pereceré y pasaré doliente.

Pero tú, de la aurora hasta el crepúsculo,
querrás mis pensamientos tan celestes
y los dirigirás hacia las almas
que alumbran mi espíritu, indulgentes.

Soy la gaviota de los días negros,
el petral sobre el surco de la nieve
que conduce tu barca al puerto amado
á través de las noches inclementes.

Si tú escucharas, en tu cielo, oirías
vibrar mi voz amante como siempre
al despertar la aurora de tu cielo
y aun antes que la alondra se despierte.

Resuena mi cantar en la neblina
que oculta tu mañana; y cantos leves,
antes del despertar de las auroras,
cual flores de la obscura onda emergen.

Madre: yo te he entendido, yo te he visto,
y yo te anunciaré antes que riele
tu nimbo sobre el mar; antes que nadie
te anunciará mi voz, mi voz ardiente.

ALGERNON-CHARLES SWINBURNE.

HUMANO, DEMASIADO HUMANO. (1878)

(*Humano, demasiado humano*, señala la primera fase de la evolución de Nietzsche: detiéndose, según lo escribió más tarde, "cual un viajero que mira hacia atrás para lanzar una ojeada sobre la región vasta y peligrosa que su mente cruzó hasta entonces. Era durante el invierno de 1876-77." Nietzsche vuélvese aquí el moralista errante, el filósofo del aire libre que por la noche anota los pensamientos brotados durante prolongadas caminatas por la montañas. Cuatro volúmenes de aforismos son el fruto de aquella larga soledad (1876-82). Vuelven cada vez los mismos problemas, reanudados, completados, cada vez más intensos gracias á un análisis implacable. He aquí un capítulo ya completo, ya por fragmentos, de cada una de dichas compilaciones.

Del alma de los artistas y escritores.

1 (145)

Lo perfecto supónese no alcanzado.—Estamos acostumbrados, en presencia de toda cosa perfecta, á descuidar la cuestión de su formación, pero á gozar del presente, cual si hubiera surgido del suelo por arte de encantamiento. Verosímilmente estamos aún bajo la influencia de un antiguo sentimiento mitológico. Experimentamos casi todavía la misma impresión (por ejemplo, ante un templo griego como el de Poestum) que si un dios hubiera, un buen día y de broma, edificado su morada en aquellos pedruscos enormes: ó bien, como si una alma hubiera, repentinamente y como por encanto, penetrado en una piedra y quisiera actualmente hablar por su intermedio. El artista sabe que su obra no alcanzará á su efecto pleno sino cuando despier-

te la creencia de una improvisación, de una milagrosa espontaneidad de producción y favorece así la ilusión é introduce en el arte elementos de inquietud entusiasta, de desorden que aprovecha ciegamente, de ensueño que cesa al comenzar la creación, cual un medio de engaño, con tal de disponer del alma del espectador ó del oyente de manera que crea en el repentino surgir de lo perfecto. La ciencia del arte debe, según va de sí, contradecir de la manera más expresa dicha ilusión, y demostrar las deducciones erróneas y los malos hábitos de la inteligencia, gracias á las cuales cae en las redes del artista.

1 (146)

El sentido de la verdad en el artista.—El artista tiene, respecto al conocimiento de la verdad, una moralidad más débil que la del pensador; no quiere absolutamente dejarse arrebatar las interpretaciones de la vida, brillantes, profundas de sentido, y pónese en guardia contra métodos y resultados sencillos y pedestres. En apariencia, lucha por la dignidad é importancia superior del hombre; en realidad no quiere abandonar las condiciones, las más eficaces para su arte, tales como lo fantástico, lo mítico, lo incierto, lo extremo, el sentido del símbolo, la hiperestima de la personalidad, la creencia en algo de miraculoso en el genio; tiene así la persistencia de su género de creación por más considerable que la abnegación científica en favor de la

verdad bajo todas sus formas, así apareciera tan desnuda como es posible.

3 (147)

El arte, evocador de los muertos.—El arte asume accesoriamente la tarea de conservar el sér, hasta de devolver un poco de color á representaciones extinguidas y palidecidas, y teje, así que llena dicha tarea, un lazo alrededor de siglos diversos haciendo volver sus espíritus. En verdad no es sino una vida aparente, como que planara sobre las tumbas de las que nace, ó bien como el recuerdo de los muertos queridos en el ensueño, pero por lo menos despierta una vez más durante algunos instantes el antiguo sentimiento, y late el corazón al compás de un ritmo olvidado. Es menester entonces, á causa de dicha utilidad general del arte, perdonar al artista por no colocarse en las primeras filas de la cultura y de la *civilización* progresiva de la humanidad; toda su vida permaneció niño ó adolescente, y quedóse en el punto en que le alcanzara su vocación artística; ahora bien, los sentimientos de los primeros escalones de la vida son, según confesión general, más cercanos á los de los períodos pasados que los del siglo presente. De buen ó mal grado, tendrá por tarea parvulizar la humanidad; es su gloria y su límite.

4 (148)

El poeta, aligerador de la vida.—Dado que también ellos quieren aligerar la vida del hombre, los poetas desvían su mirada del presente penoso, ó ayudan el presente á revestir colores nuevos mediante un fulgor del pasado que hacen brillar. Para conseguirlo es menester que sean ellos mismos seres bajo distintos puntos de vista dados vuelta hacia atrás; de manera que puedan servir de puente para para conducir á épocas é ideas muy lejanas, á religiones y civilizaciones moribundas ó muertas. Son siempre, propia y necesariamente, *Epígonos*. Puédese, con franqueza, decir algunas cosas desfavorables de sus medios de aligerar la vida: se corrigen y curan solamente de paso, solamente por el momento; hasta impiden al hombre de trabajar por una amelioración verdadera de su estado, suprimiendo y descargando con paliativos la pasión de los inquietos, que impelen á la acción.

5 (149)

La lenta flecha de la belleza.—La más noble clase de belleza es aquella que no encanta de un solo golpe, que no libra asaltos tormentosos y embriagadores (éste provoca fácilmente la saciedad), sino que se insinúa lentamente, que se lleva consigo casi sin saberlo, y que un día, en sueño, se revé ante sí, pero que por fin, después de haberse modestamente limitado al corazón, toma completa posesión de nosotros, llena nuestros ojos de lágrimas, nuestro corazón de deseo.—¿Qué deseamos, pues, en presencia de la belleza? Es ser bellos; nos figuramos que ello implica mucha felicidad.—Pero es un error.

6 (150)

Vivificación del arte.—El arte iergue la cabeza cuando las religiones pierden terreno. Recoge una multitud de sentimientos y tendencias producidas por la religión, tómalos á pecho y vuélvese entonces él mismo más profundo, más lleno de alma, al punto que puede comunicar la elevación y el entusiasmo, cosa que antes no podía aún. El tesoro de sentimiento religioso engrosado como un torrente desborda siempre de nuevo y quiere conquistar nuevos reinos; pero el progreso de las luces ha conmovido los dogmas de las religiones é inspirado una desconfianza fundamental; entonces el sentimiento, ahuyentado por los fulgores de la esfera religiosa, arrójase en el arte; en algunos casos también en la política, hasta directamente en la ciencia. Por todas partes donde en los esfuerzos humanos se apercebe una coloración superior más obscura, puede conjeturarse que el temor de los espíritus, el perfume del incienso y las sombras de la iglesia han permanecido allí.

7 (151)

De qué manera da belleza el metro.—El metro coloca un crespón sobre la realidad; da lugar á algún artificio de lenguaje, á alguna indecisión de pensamiento: por la sombra que arroje sobre las ideas, tan luego oculta, tan luego hace resaltar. Así como es necesaria la sombra para embellecer, lo «sombrio» es necesario para aclarar. El arte vuelve soportable el aspecto de la vida colocando el crespón del pensamiento indeciso.

8 (152)

El arte de las almas feas.—Trázase al arte límites muy estrechos si se exige que sólo las almas bien ordenadas, moralmente equilibradas, puedan tener en él su expresión. Lo mismo que en las artes plásticas, hay también en música y en poesía un arte de las almas feas, junto al arte de las almas bellas; y los más poderosos efectos de arte, destrozando las almas, mover las piedras, cambiar las fieras en hombres, es tal vez, justamente en dicho arte que mejor resultaron.

9 (153)

El arte apena el corazón del pensador.—Cuál es la fuerza de la necesidad metafísica y cuán difícilmente se exime de ella la naturaleza, es fácil deducirlo de que en el espíritu libre todavía, cuando ha puesto aparte toda metafísica, los más elevados efectos de arte producen una resonancia de las cuerdas metafísicas mudas desde largo tiempo, hasta rotas; tómese por ejemplo, que en cierto pasaje de la novena sinfonía de Beethoven se siente planar sobre la tierra bajo una cúpula de estrellas, con el ensueño de la *inmortalidad* en el corazón; todas las estrellas parecen titilar á su alrededor y la tierra bajar siempre más profundamente,—si tiene conciencia de tal estado, sentirá tal vez una profunda mordedura en el corazón y suspirará tras el hombre que le devolviera la adorada perdida; llá-

mesela Religión ó Metafísica. Es en semejantes momentos que está puesto á prueba su carácter intelectual.

10 (154)

Jugar con la vida.—Requeríase la felicidad y soltura de la imaginación homérica para adormecer y hasta suprimir un momento la conciencia desmesuradamente apasionada, la inteligencia demasiado aguzada de los griegos. ¿Tiene entre ellos palabra la inteligencia? ¡Cuán aspera y cruel parece entonces la vida! No se hacen ilusión, pero de intento envuelven la vida en un juego de embustes. Simónides aconsejaba á sus amigos de tomar la vida como un juego; la seriedad les era demasiado conocida como un dolor (la miseria de los hombres es justamente el tema sobre el cual tanto gustan los dioses oír cantar), y sabían que por el arte sólo, la misma miseria podía volverse goce. Pero en castigo de semejante criterio, fueron totalmente infectados por el placer de hacer fábulas, que les era penoso en la vida diaria mantenerse exentos de mentira ó impostura, pero como por otra parte todo pueblo de poetas se recrea en la mentira, de la que por añadidura no es responsable. Indudablemente los pueblos vecinos hallaban á veces que era cosa de desesperarse.

11 (155)

Creencia en la inspiración.—Los artistas tienen interés en que se crea en las intuiciones repentinas, en las pretendidas inspiraciones; como si la idea de la obra de arte, del poema, el pensamiento fundamental de una filosofía cayera del cielo cual rayo de gracia. En realidad, la imaginación del buen artista ó pensador produce constantemente algo bueno, mediocre ó malo, pero en *juicio*, extremadamente aguzado, ejercitado; rechaza, elige, junta; así es como se observa hoy por los apuntes de Beethoven, que compuso poco á poco sus más hermosas melodías y que en cierta manera las seleccionó entre múltiples bocetos. Aquel que discierne menos severamente y se escurra voluntariamente hacia la memoria reproductora podrá, en ciertas condiciones, volverse un gran improvisador; pero la improvisación estética está á un nivel muy bajo en comparación de las ideas de arte elegidas seriamente y con trabajo. Todos los grandes hombres son grandes trabajadores, infatigables no solamente para inventar, sino también para desechar, tamizar, modificar, arreglar.

12 (156)

Teoría de la inspiración.—Si se suspendió durante algún tiempo la facultad de producir y fué detenida en su curso por un obstáculo, suministra por fin una ola tan repentina como si una inspiración inmediata, sin previo trabajo interior, en otras palabras, como si un milagro se realizara. Es lo que produce la ilusión conocida, á cuyo sostenimiento, lo dije ya, aplícase con alguna demasía el interés de todos los artistas. El capital no ha hecho sino estrictamente *acumularse*, no cayó en una vez del

cielo. Existe por lo demás todavía en otra parte tal inspiración aparte, por ejemplo en el dominio de la bondad, de la virtud, del vicio.

13 (157)

Los sufrimientos del genio y su valor.—El genio artístico quiere proporcionar un goce, pero si se mantiene á un grado muy elevado, fácilmente faltale los que pudieran saborearle, ofrece manjares que no se aceptan. Esto le da un carácter patético, ridículo y conmovedor, según las circunstancias; pues en el fondo, ningún derecho tiene de forzar á los hombres á saborear el placer. Su pífano resueña, pero nadie quiere bailar; ¿puede ser trágico eso? Tal vez, á pesar de todo. Finalmente tiene por compensación de tal privación más placer en crear que el resto de los hombres en todos los géneros de actividad. Recíbese de sus sufrimientos un sentimiento excesivo, porque su queja es más elevada, su boca más elocuente; y á veces son sus sufrimientos en realidad demasiado grandes, pero sólo porque su ambición, su deseo son demasiado grandes. El genio sabio como Kepler y Spinoza, no es por lo común tan exigente y no demuestra sus sufrimientos y privaciones, en realidad mayores, en tal relieve. Tiene el derecho de contar con más seguridades sobre la posteridad y de desechar el presente; mientras que un artista que hace lo mismo juega un juego desesperado, en que su corazón debe sufrir. En casos rarísimos,—cuando se combinan en el mismo individuo el genio de producir y conocer y el genio moral—á dichos dolores viene todavía á agregarse aquella clase de dolores que deben ser mirados como las más singulares excepciones del mundo; los sentimientos extra y supra personales que se aplican á un pueblo, á la humanidad, al conjunto de la civilización, á todo sér que sufre; los cuales sacan su valor de la unión con conocimientos particularmente penosos y obstrusos (la piedad en sí tiene poco valor). ¿Pero qué medida, qué balance de prueba existe para su autenticidad? ¿No es casi obligatorio desconfiar de aquellos que *hablan* de sentimientos de tal naturaleza existentes en ellos mismos?

14 (158)

Fatalidad de las grandezas.—A toda gran aparición sigue la decadencia, especialmente en el dominio del arte.

El modelo de la grandeza existe en naturalezas algo vanas á la imitación superficial ó la exageración; es la fatalidad que todas las grandes facultades llevan en sí, de ahogar muchas fuerzas y gérmenes más débiles y de volver á su alrededor la naturaleza uniformemente vacía. El caso más feliz en el desenvolvimiento de un arte es que varios genios se limiten recíprocamente; en esa lucha hay también por lo general para las naturalezas más débiles y tiernas una parte de aire y de luz.

15 (159)

El arte peligroso para el artista.—Cuando el arte se apodera violentamente de un artista, retrotrae

á éste á las concepciones de las épocas en que el arte florecía con mayor fuerza; ejerce, pues, una influencia retrógrada. Intérase de más en más el artista en la veneración de las excitaciones repentinas, cree en los dioses y en los demonios, anima la naturaleza, cobra odio á la ciencia, vuélvese voluble en sus tendencias, como los hombres de la antigüedad, y ansía un hondo cambio de todas las condiciones que no son favorables al arte, con la violencia é injusticia de un niño. Ahora bien: el artista de por sí es ya un retrasado puesto que permanece en el juego, que conviene á la juventud y al niño: viene á agregarse á ello que poco á poco sufre una deformación que le hace retrogradar á otros tiempos. Concluye así por producirse un violento antagonismo entre él y los hombres de misma edad de su época, y un final angustiado; así es, según los relatos de los antiguos, que Homero y Esquilo concluyeron por vivir y morir en la melancolía.

16 (160)

Hombres creados.—Cuando se dice que el autor dramático (y generalmente el artista) crea realmente caracteres, es una ilusión bella y exagerada, en cuya existencia y propagación celebra el arte un triunfo que no ha querido y que es, por decirlo así, superabundante. En verdad no sabemos gran cosa de un hombre realmente vivo, y hacemos una generalización muy superficial cuando le atribuimos tal ó cual carácter; es á esa situación *muy imperfecta* para con el hombre que responde el poeta al hacer (es en tal sentido que «crea») bosquejos de hombres tan superficiales cuanto lo es nuestro conocimiento de los hombres.

Hay mucho de engañoso en esos caracteres creados por los artistas: no son en manera alguna productos naturales encarnados, pero parecidos á hombres pintados algo á la ligera, no resisten á un examen de cerca. Hasta cuando se dice que el carácter de los hombres vivos vulgares se contradice á menudo, que el creado por el dramaturgo es el modelo que ha flotado ante los ojos de la naturaleza, ello es absolutamente falso. Un hombre real es algo absolutamente necesario (hasta en dichas pretendidas contradicciones), pero no siempre conocemos esa necesidad. El hombre inventado, el fantasma, tiene la pretensión de significar algo necesario, pero solamente para gentes que no comprenden un hombre real sino en una simplificación grosera y antinatural; á tal punto, que uno ó dos gruesos rasgos repetidos á menudo, con mucha luz arriba y mucha sombra y penumbra alrededor, satisfacen completamente sus pretensiones, están así fácilmente dispuestos á tratar el fantasma como un hombre real, necesario, porque están acostumbrados á tomar por el todo en el hombre real un fantasma, una silueta, una abreviación arbitraria. Que el pintor y el escultor expresen en lo más mínimo la «idea» del hombre, es una vana imaginación y una ilusión de los sentidos: se es tiranizado por el ojo cuando se habla de semejante manera, porque dicho ojo no ve del cuerpo humano más que la superficie, que la piel; pero el interior del cuerpo tiene igual cabida en la Idea. El arte plástico quiere interpretar los ca-

racteres visibles sobre la piel: el arte del lenguaje emplea la palabra con el mismo objeto, expresa el carácter por medio de la voz. El arte parte de la natural ignorancia del hombre respecto á su ser interior (cuerpo y carácter): no existe para los físicos y los filósofos.

17 (161)

Exceso de estima propia en la fe en los artistas y filósofos.—Creemos todos que la excelencia de una obra de arte, de un artista, queda probada cuando nos sorprenden, nos conmueven. Pero sería primero menester probar *nuestra* propia excelencia de criterio é impresión.

¿Quién, en los dominios del arte plástico, ha asombrado y encantado más que el Bernin? ¿Quién obró más poderosamente que aquel retórico posterior á Demóstenes, que introdujo el estilo asiático y le hizo dominar durante dos siglos? Esa dominación sobre dos siglos enteros nada prueba respecto á la excelencia y duradero valor de un estilo; es porque no debe tenerse mucha seguridad en la propia buena opinión respecto de un artista cualquiera; es eso no solamente la fe en la verdad de nuestras impresiones, sino también en la infalibilidad de nuestro criterio ó impresión, y pueden uno y otro ser de especie muy grosera ó muy fina, surexcitados ó incultos. Lo mismo que los efectos saludables y edificantes de una filosofía, de una religión, nada prueban en favor de su verdad; lo mismo que la felicidad experimentada por el alienado con su idea fija no prueba en lo mas mínimo la sabiduría de ésta.

18 (162)

Culto del genio por vanidad.—Pensando bien de nosotros, sin esperar, sin embargo, que podamos trazar siquiera el diseño de un cuadro de Rafael ó una escena parecida á las de un drama de Shakespeare, nos persuadimos que el talento de tales cosas es un milagro completamente desmesurado, una casualidad muy rara, ó bien, si todavía tenemos sentimientos religiosos, una gracia de las alturas. Así es que nuestra vanidad, nuestro amor propio, favorece el culto del genio; pues es sólo con la condición de suponérsele muy lejano de nosotros, como un *miraculum*, que no nos hiere. Goethe mismo, el hombre sin envidia, llamaba á Shakespeare su estrella de las alturas lejanas, pudiendo á propósito recordarse su verso: «Las estrellas, no se las desea.» Pero abstracción hecha de esas sugerencias de nuestra vanidad, la actividad del genio no parece en lo mas mínimo algo fundamentalmente distinto de la actividad del inventor mecánico, del sabio astrónomo ó historiador, del maestro en táctica. Todas esas actividades se explican si se imagina hombres cuyo pensamiento es activo en una dirección única, que utilizan todo como materia prima, que no cesan de observar diligentemente su vida interior y las ajenas, que no se cansan de combinar sus medios. El genio no hace sino aprender á colocar piedras y á edificar luego, buscar siempre materiales y trabajar siempre por darles forma. Toda actividad del hombre es milagrosamente complica-

da, no solamente la del genio; pero ninguna es un «milagro.» ¿De dónde procede, pues, la creencia de que no existe el genio sino en el artista, el orador y el filósofo, que sólo ellos tienen una «intuición,» palabra por la cual se les atribuye una especie de anteojo maravilloso con el cual ven directamente dentro del «sér?»

Los hombres no hablan intencionalmente de genio sino allí donde los efectos de la inteligencia les resultan más agradables, y donde no quieren, por otra parte, experimentar envidia. Nombrar á alguien «divino» es decir: «aquí no tenemos que rivalizar.» Además: todo lo que es concluido, perfec-

to, excita asombro; todo lo que está en vías de hacerse, es despreciado. Ahora bien, nadie puede ver en la obra del artista *cómo se hizo*: es su ventaja, pues por todo donde puede asistirse á la formación, enfriase el interés.

El arte acabado de la expresión descarta toda idea de conclusión: impónese tiránicamente como una perfección actual. He ahí por qué son sobre todo los artistas de la impresión que pasan por geniales, y no los hombres de ciencia. En realidad tal apreciación y tal depreciación no son sino una puerilidad del raciocinio.

FEDERICO NIETZSCHE.

ICI-BAS...

Ici-bas tous les lilas meurent,
Tous les chants des oiseaux son courts....
Je rêve aux étés qui demeurent
Toujours.

*
**

Ici-bas les lèvres effleurent
San-rien laisser de leur velours....
Je rêve aux baisers qui demeurent
Toujours.

*
**

Ici-bas tous les hommes pleurent.
Leurs amitiés ou leurs amours
Je rêve aux couples qui demeurent
Toujour.

SULLY PRUDHOMME.

EN EL MUNDO... M.M

En el mundo las flores se marchitan
Y las canciones de las aves mueren....
Yo sueño con estíos que deslumbren
Siempre.

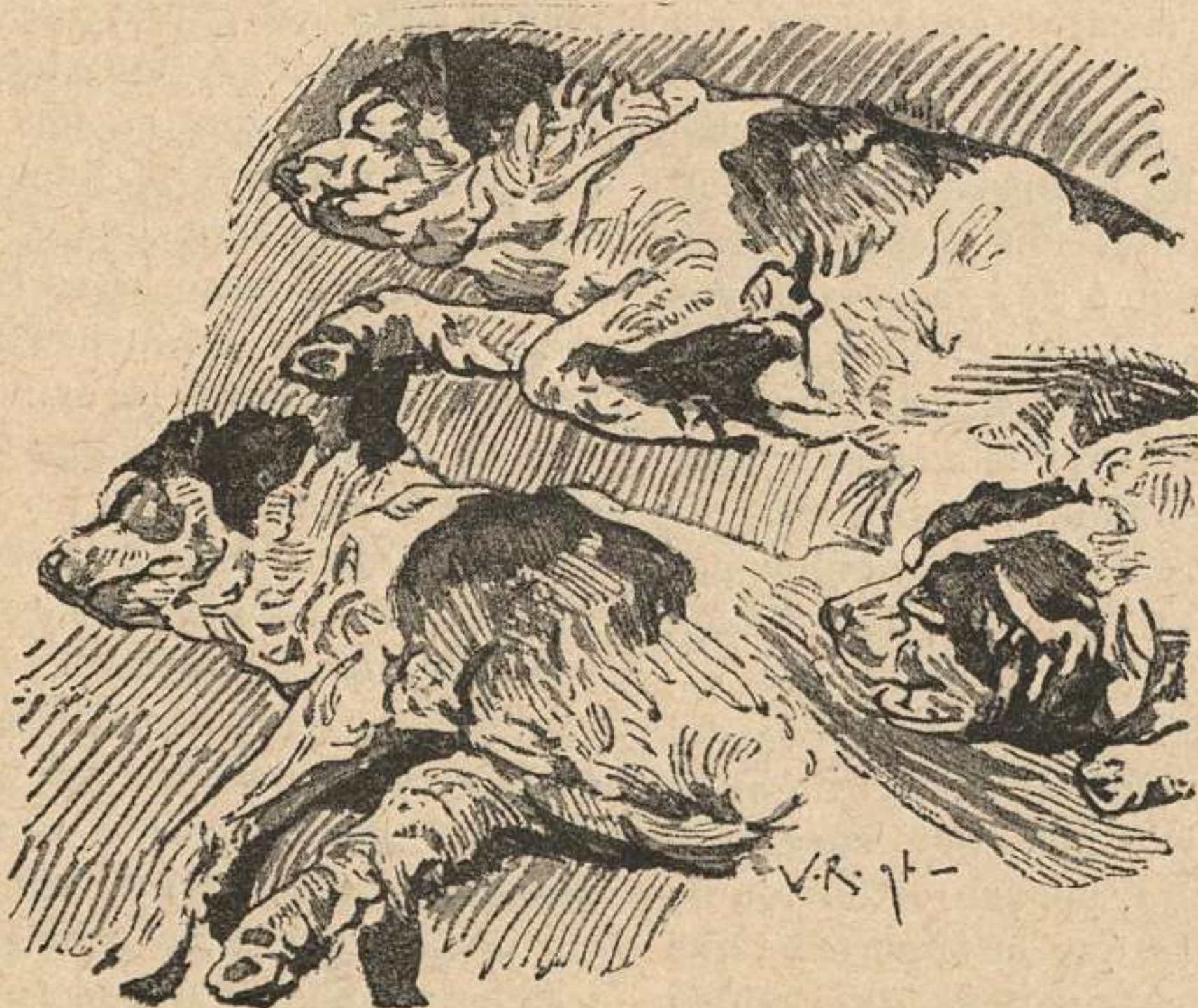
*
**

En el mundo los labios sólo rozan
Sin que su miel en nuestros labios queden....
Yo sueño en besos que vibrantes duren
Siempre.

*
**

En el mundo los hombres todos lloran
Por la amistad fugaz ó el amor leve,
Yo sueño con parejas que estén juntas
Siempre....

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.



FLORILEGIO DE JOSE JUAN TABLADA.

(DEL MUNDO ILUSTRADO.)

Este libro que acabo de desflorar tiene para mí un mérito supremo: encierra una alma. Es difícil hallar en la moderna poesía americana, hecha por lo común de marginales y *pastiches*, esa misteriosa huella de la personalidad que, al través de la retórica y de la rima, nos obliga á decir lo que el viajero que ve el molde de un pie en la floja arena del camino: por aquí pasó un hombre. De algún tiempo acá noto en los jóvenes recién venidos al arte, la falta absoluta de impresiones directas y propias, y el afán de ocultar la miseria psicología con gárrulos rebuscamientos y vocablos raros y brillantes. Son las estrofas de estos flamantes rimadores á manera de frágiles vasos fabricados con limo tan deleznable que un suplo basta para desbaratarlos.

El *Florilegio* de José Juan Tablada no es una urna vacía, y aunque se ve que el artífice, al labrarla y pulirla, tuvo delante célebres modelos, no por eso copió con el servilismo de un impotente; antes bien, bajo la presión de su mano experta se abrieron flores nuevas, enarcáronse pétalos exóticos y una palpación de vida recorrió los platerescos ornatos. No son flores artificiales las de este jardín exquisito; son extrañas, á tal punto, que algunas veces semejan extravagantes fantasías. Pero, óyeme bien, curioso enamorado de la belleza, si te acercas á esos cálices caprichosos, no encontrarás, como creías, pétalos de alambre y hojas de terciopelo, sino que te admirarás viendo cómo está animada, esa flora inclasificada y casi sobrenatural, de savia ardiente y fecunda.

Lo que en Tablada parece artificial no es otra cosa que el hallazgo de alguna forma que la multitud no trasegó y que el artista aprovechó con la intuición maravillosa de su temperamento.

En efecto; no hay exquisiteces más francas, más espontáneas ni más hondamente sentidas, que las que caracterizan el *Florilegio*, cuyas páginas huelen, con una aristocrática vaguedad, á arrozales del Japón, á higos de Smirna, á incienso, y á no sé qué suave fragancia de *bibelot* tocado por manos de mujeres hermosas.

Mas dentro del verso amplio, sonoro, transparente, como en el fondo de una copa de abierta corola de cristal, burbujea y bulle la sangre como un vino generoso. La poesía de Tablada, llena de primores, de finuras, de filigranas, obra de un aurifabrisa delicioso, es un modelo de belleza. Y no sólo por su dicción pura y clara y por sus felices combinaciones rítmicas, seduce esta poesía nueva, sino porque á la vez tiene un eco lejano, pero constante, de gritos dolorosos.

En las composiciones baudelairianas se acentúa más el amargo resabio de sufrimiento descreído y martirizado que el poeta dejó escapar por entre las junturas de la rima.

Tablada es ante todo un apasionado; más bien, un pasional. De su pensamiento hiperestesiado por largos ensueños y de su corazón rebotante de ternuras, ha salido esa dulce y musical elocuencia con que nos transmite sus raras emociones hasta transportarnos, por el poder de una divina taumaturgia, á sus extraños y luminosos paraísos.

Porque el poeta del *Florilegio* es un visionario refinado, que, por odio al vulgo, ama esos erotismos místicos, esas perversiones tramadas de sensualidad y de religión, en las que el deseo oficia como un sacerdote, en misteriosos y satánicos ritos. Tablada introdujo entre nosotros, el *nuevo estremecimiento* de Baudelaire; y de sus viajes al alma enferma y hosca de Huysmans trajo el recuerdo de esas infernales y negras ceremonias. Cuando nos da á comulgar sus *hostias negras*, experimentamos una sensación de malestar complicada de voluptuosidad y de regocijo: en la obscuridad del templo enlutado, la tentación roza nuestros labios con sus alas velludas.

El poeta nos contagia con sus sueños de opio, y al rumor metálico de las estrofas, y á la luz intermitente de los trops, sentimos que

El corazón desangra herido
Por el cilicio de las penas
Y corre el plomo derretido
De la neurosis en las venas.

Ah! con cuánto placer llegamos al final del libro para murmurar como á la salida de un culto prohibido, el *Laus Deo*, con que mansa y serenamente se despide el poeta de nosotros, convencido ya de que el goce satánico no da la felicidad y sí el hastío.

Confieso que esa parte del libro es la más seductora para mí, porque á través de ella, como á través de un símbolo artístico, entreveo el espíritu de Tablada, triste, adolorido, inquieto, nostálgico de ideal y enfermo de escepticismo y desesperanza.

El *Onix*—una admirable página moderna—es un profundo sollozo de la tristeza humana, un suspiro del dolor eterno, un grito de la infinita angustia de vivir.

Bien hizo en anunciarnos el poeta desde la portada que su libro era una jaula, una lápida y una lámpara; jaula de sus sueños, lápida del sepulcro de su fe, lámpara de su amor; su vida, en fin, el resumen de su vida intranquila que promete terminar en la beatífica tranquilidad de un arrepentido y de un resignado.

* *

El *Florilegio* es un libro encantador como obra de arte; señala un rumbo; fija una época; marca una evolución.

Después de Rubén Darío y de Manuel Gutiérrez Nájera, ha sido José Juan Tablada el propagandista más avanzado de la actual estética francesa. Este literato es japonófilo por inclinación: se sintió desde el principio de su carrera hermano menor de los Goncourt, y ellos lo llenaron de amor por los crisantemos y de veneración por las flores de lis.

¡Oh, excelsos admiradores del Japón y del siglo diez y ocho!

De sus autores favoritos, de sus estudios y de sus lecturas, no ha tomado sino aquello que convenía á su temperamento y á la segura formación de su personalidad. Claro es que en la poesía de Tablada se siente la caricia de Baudelaire; se oye la voz unciosa de Verlaine, se ven pasar rápidamente las

sombras de los poetas malditos; pero el cantor del *Florilegio* hace creaciones de sus reminiscencias, y en todas partes halla su sinceridad y su estilo.

Tablada es un espléndido colorista, y así en sus miniaturas como en sus lienzos decorativos tiene toques de luz y matices de un vigor extraordinario. Los poemas exóticos son verdaderas joyas en este sentido. La *Atlántida*, el *Canto de los gemas*, los *Fuegos artificiales*, son un derroche de policromías admirables.

Y cierro el *Florilegio* pensando en que he admirado la labor de un artista y oído la confidencia de un hombre.

¡Oh, cosa rara en estos tiempos de las rimas efímeras y de las estrofas frágiles y vanas!

LUIS G. URBINA.

EL PROFETA.

«De sed espiritual sediento. Errante
por un desierto: hallé—visión amada—
un Serafin con seis alas radiantes
de un camino en la negra encrucijada.»

«Con sus dedos ligeros como el sueño
tocó mis sucios ojos ya cegados:
mis pupilas se abrieron al Ensueño
cual las de un aguilucho amedrentado.»

«Y tocó mis orejas, y los velos
cayeron; escuché voces extrañas.
Supe la arquitectura de los cielos,
ví ángeles por cima las montañas.»

«La traza del enjambre de marinas
bestias que habitan bajo niveas ondas;
y yo vi, de la planta que germina,
el lento laborar en tierras hondas.»

«Y el ángel inclinándose á mi boca
arrancóme la lengua del pecado,
esa lengua tan frívola y tan loca
que sólo hubo mentiras proclamado.»

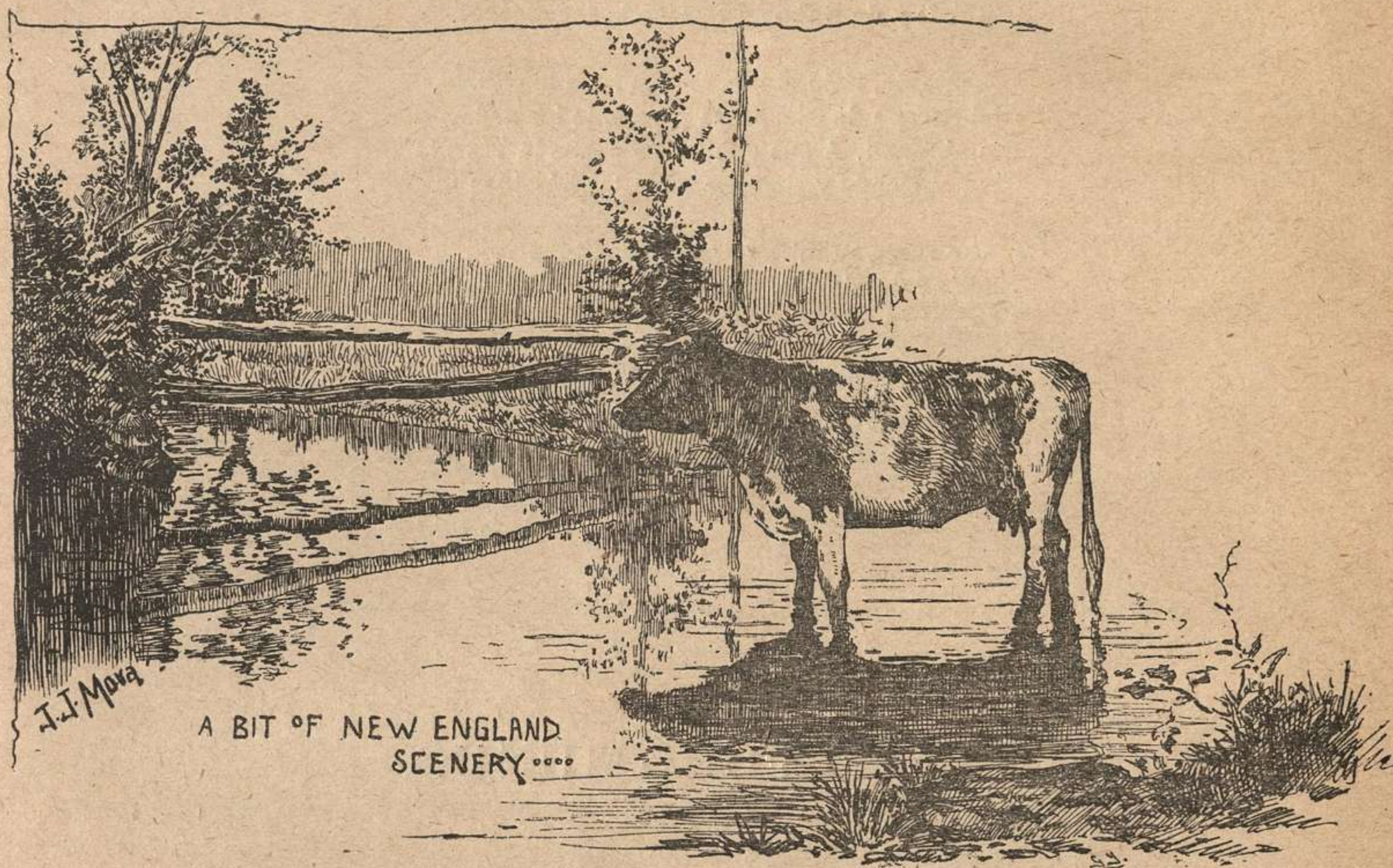
«Y entre mis labios trémulos y helados,
con su mano sangrienta y diligente,
puso la sabia lengua de los hados,
misteriosa saeta de serpiente.»

«Con un puñal partió mi pecho yerto
y me arrancó mi corazón doliente,
y púsome, en el pecho exangüe, abierto,
como en un incensario brasa ardiente.»

«Como un cadáver frío en una fría
ribera estaba yo, y mi alma inquieta
escuchó que el Señor Dios le decía:
—Levántate, levántate Profeta,

«Escucha, ve, proclama, canta artista,
recorre las comarcas, los océanos,
asiste á las batallas y conquista
con la Palabra el corazón humano.»

ALEJANDRO POUCHKINE.



DE ANATOLE FRANCE.

«Creo, por el contrario, que la verdad está en peligro de perecer, ante la calumnia y el desdén universales. Tened presente que la verdad comparada con la falsía, posee una debilidad que la conducirá al aniquilamiento. La verdad tiene, ante todo, un solo aspecto, mientras la falsedad es multiforme.

«Por lo tanto, la última tiene muchas más probabilidades de triunfo.

«Pero no es ese el único defecto de la verdad: es firme, no está sujeta á cambios y no se presta á las intrigas que encantan al humano espíritu y á las pasiones humanas.

«La falsedad, por otra parte, tiene admirables re-

ursos. Es plegadiza y maleable. Es—no temamos decirlo—natural y humana.

«Natural, porque es la expresión común del mecanismo del espíritu, ese extraño receptor de quimeras; moral, porque está de acuerdo con los hábitos de la especie humana, que ha fundado sus concepciones del bien y del mal, sus leyes divinas y humanas, en las más viejas, insensatas, exaltadas, bárbaras y erróneas interpretaciones de los fenómenos naturales.

«El error es la esencia de toda virtud y belleza humanas. Figuras fantásticas y pinturas sobrenaturales embellecen nuestros jardines, palacios y templos.... La verdad es pobre comparada con el error.»

ANTONIO Y CLEOPALTRA.

Los dos, desde lo alto de la terraza, un día
vieron dormirse á Egipto en cálidos vapores;
rodar vieron al Nilo su gran onda sombría
de Saís y de Bubasto buscando los alcores.

Antonio, bajo el hierro que todo le cubría,
del cuerpo de Cleopatra presiente los ardores.
Se abrazan. A sus cuellos enlázase la Harpía
que enciende y siempre atiza los hórridos amores.

La reina su mirada en el romano clava,
diciéndole al oído: «Te adoro! Soy tu esclava!
Tu patria son los besos que mi pasión te diera!»

El la ve. Y en el fondo de luz de su pupila,
que como la de un tigre voluptüoso oscila,
descubre un mar inmenso donde huye su galera.

J. M. DE HEREDIA.

J. A. DE IZCUE.

LA PAZ DEL MUNDO.

Un grupo de caballeros prominentes de Suecia (miembros del Parlamento y otros), enviaron, hace algún tiempo, una carta colectiva al Conde Leo Tolstoy, interrogándole si consideraba oportuno hacer presente á los delegados de la futura conferencia (reunida en La Haya, Holanda), sobre la paz (promovida por el Gobierno ruso), ó á lo menos el público europeo, algo respecto á la cuestión de cambiar el servicio militar compulsivo (conscripción), por otra cosa que significase una tarea ó trabajo público para aquellos individuos cuya conciencia les rechazara servir en el ejército.

A esta carta el Conde Tolstoy ha replicado de manera muy característica como se verá en seguida:

QUERIDOS SEÑORES:

La idea contenida en la hermosa carta de Udes., respecto á que el camino más verdadero y más fácil para alcanzar el desarme sería el de que se negaran á tomar parte en el servicio militar ios individuos que no lo quisieran, es del todo exacto. Sobre este particular voy más lejos aún, pues pienso que es este el *único* camino por el cual puede el pueblo verse libre de los horribles sufrimientos del militarismo siempre creciente.

Pero la opinión de Udes. respecto á la manera como debiera hacerse la exposición, ante la futura conferencia internacional de la paz, del problema relativo al cambio del servicio militar compulsivo por algún trabajo útil para aquellas personas que

rehusaran matar á sus semejantes, y la idea de que esta cuestión llegara á ser discutida en dicha conferencia me parece del todo equivocada. Primero, porque tal conferencia no será ni podrá ser otra cosa, aparte de una de tantas instituciones hipócritas que no sólo no persiguen la adquisición de la paz y el disminuir los males del militarismo, sino que, por el contrario, obedecen al propósito verdadero de encubrir al pueblo aquellos males, sugiriéndole medios falsos para eludirlos, y quitándoles, en realidad, de la vista, los únicos que pueden contribuir á su salvación.

Se dice que en la conferencia propuesta, se pretende, si no se logra el desarme, paralizar á lo menos el incremento de los armamentos.

Se supone que en esta conferencia los Gobiernos

ó sus representantes llegarán á ponerse de acuerdo respecto á no aumentar sus actuales armamentos. Si esto fuera así, entonces la cuestión se plantea por sí misma involuntariamente: ¿cuál será el camino que tomarán los Gobiernos de tantos reinos é imperios que al tiempo de adherirse para la conferencia parecían más débiles que sus vecinos? Tales Gobiernos difícilmente aceptarían quedar para el futuro en sus desventajosas condiciones del momento. Si aceptan permanecer en él, porque creen firmemente en la fuerza de las disposiciones que ha de prescribir la conferencia, entonces pasarán á ser más «débiles» aún, ya que no podrían emplear porción alguna de su poder en aumentar su ejército. Si suponemos que los propósitos de la conferencia fueran para obtener el igualar la fuerza militar de los varios Gobiernos, á fin de poder fijar en seguida sobre esta base sus armamentos, y si se llegara á lograr semejante igualación imposible, la cuestión se plantearía, *nolens volens*, por sí misma. ¿Por qué deberían los Gobiernos detenerse en un límite determinado en la escala de los armamentos y no en más trabajo? ¿Por qué es necesario que Alemania, Francia y Rusia, deban tener, por ejemplo, 1.000,000 de soldados y no 999,000; por qué 900,000 y no 400,000 ó 300,000, y por qué no solamente un soldado? Si es posible disminuir del todo los armamentos, por qué no reducirlo á un minimum? ó por qué en lugar de ejércitos no poner luchadores?

Dejemos á David y Goliath el decidir los negocios internacionales y de acuerdo con el resultado de la pelea, reconozcamos el éxito del lado que gane.

En los tiempos del sitio de Sebastopol, cierto príncipe, S. S. Urussoff, oficial conocido por su valor y por ser uno de los mejores campeones del juego del ajedrez, á la sazón en Europa, propuso al general Saken, jefe de la guarnición, que, en lugar de batirse en las trincheras frente al quinto bastión, que con frecuencia había pasado de unas manos á otras y que ya había costado algunos centenares de vidas, que se decidiera la pelea por una partida de ajedrez.

No hay duda alguna que habría sido infinitamente mejor jugar al ajedrez la ocupación definitiva de la trinchera que matar gente alrededor de ella. Pero el general Saken no aceptó la propuesta del príncipe Urussoff, sabiendo que aun cuando se ganase la partida por los de su bando, nada habría impedido al comandante de las fuerzas inglesas el enviar batallones para ocupar la trinchera si nuestros soldados no la hubiesen defendido.

El caso es precisamente el mismo tratándose de las potencias.

No pueden convenir en la disminución de sus armamentos, por cuanto jamás podrán estar seguros si un día cualquiera un nuevo Napoleón ó un otro Bismark vuelvan á aparecer, y haciendo caso omiso de los tratados, empuñen por fuerza todo lo que puedan atrapar en un momento oportuno.

Mientras subsistan los ejércitos, hay necesidad, aun cuando no se tenga el propósito de adquirir nuevas posesiones, de retener, cueste lo que cueste, lo que se ha tomado.

Porque lo que se ha obtenido por la fuerza, menester es retenerlo por la fuerza.

Ahora bien, sólo es posible adquirir y guardar por la fuerza en el caso de salir victoriosos.

Pero son sólo los muchos batallones quienes resultan victoriosos, y, por consiguiente, si el Gobierno ha de tener un ejército cualquiera, debe procurar que sea lo más grande y fuerte posible. Este es el negocio de todo Gobierno y la justificación de su existencia. Un Gobierno puede hacer mucho relativamente á los negocios internos del país que regula, puede emancipar, ilustrar y enriquecer al pueblo, puede hacer construir caminos y canales, y hasta puede hacer florecer el desierto como una rosa.

Pero una cosa no puede hacer, no puede ejecutar lo preciso para lo cual ha sido convocada la conferencia internacional de la paz—á saber—disminuir la fuerza militar del Estado.

Los Gobiernos se encuentran incapacitados para satisfacer sus verdaderos deseos, ya sea para disminuir los propios armamentos ó para detenerlos en su estado actual. Hoy más que nunca podrían hacerlo, por lo mismo que todos sus esfuerzos obedecen al propósito de adquirir nuevas posesiones—unos en Asia, otros en Africa y algunos en Europa—y cuando todos necesitan conservar por la fuerza aquellas de sus posesiones cuyos habitantes desean la libertad.

Esta es la primera consideración. Pero, en segundo lugar, la conferencia internacional de la paz, no puede tomar sobre sí el decidir la cuestión respecto á la necesidad para cumplir el servicio militar de parte de los particulares cuyas convicciones les rechaza cargar armas contra sus semejantes, pues esto implicaría aceptar el principio de la disminución de los ejércitos, contrariando el deseo de los Gobiernos, lo que importaría socavar la fuerza fundamental de cada uno de éstos.

Todo Gobierno trata invariablemente á las personas que con motivo de sus convicciones rehusan hacer el servicio militar, de la misma manera como el Gobierno ruso trata al Dukho Cortsi. Al propio tiempo cuando este Gobierno daba á conocer su cuasi amor á la paz, hacía torturar, arruinar y desterrar á las gentes más pacíficas y más amantes de la paz que existen en Rusia, simplemente porque rehusaban hacer el servicio militar.

La totalidad de los Gobiernos europeos han procedido de la misma manera, y perseveran en estos procedimientos contra todo aquel que se niega á servir en el ejército.

Es así como lo han hecho y lo hacen, ya que no pueden proceder de otra manera, los Gobiernos austriaco, prusiano, francés, sueco, suizo y el danés. No deben, pues, sino manejarse en estos términos, porque gobernando á sus súbditos por fuerza, lo cual consiste en veterano, no pueden, bajo pretexto alguno, consentir en la disminución de sus elementos militares, y por consiguiente, de su poder lo que podría entregarlos á los accidentales cambios de opinión de personas aisladas, y mucho menos aún, por cuanto según todas las probabilidades, si tales negativas fuesen permitidas, la abru-

madora mayoría de los hombres (ninguno desearía matar ni ser muerto) prefería el trabajo militar.

Así, pues, si estas negativas para el servicio militar, y si las proposiciones para cambiarlo por trabajos ordinarios fuese permitido, muy luego se verían trabajadores en tanta abundancia, y tan pocos soldados, que no habría uno solo de éstos para obligar á aquellos á trabajar.

Burlados por su propia verbosidad, liberales, socialistas y otros progresistas y leaders de esta categoría, pueden continuar creyendo que sus discursos en los parlamentos, en sus reuniones, en sus ligas y alianzas, que sus estatutos, cláusulas y panfletos, son muy importantes para el progreso de la humanidad; y en cambio que las cuestiones que tienen atingencia con la negativa de los individuos para tomar parte en el servicio militar, es un fenómeno sin importancia y que no merece la más mínima atención.

Peró los Gobiernos saben muy bien lo que les importa y lo que no debe procurarles.

Aceptan, en consecuencia, con verdadera satisfacción los discursos fulminantes que se hacen en las Cámaras y las reuniones socialistas, sabiendo que todo esto es fenómeno muy útil, pues así consiguen apartar la atención del pueblo de lo que constituye un peligro para el negocio de gobernar—especialmente los medios de liberación.

Peró á lo que más temen en el mundo es al despertamiento del sentido de su propio valer de los individuos, y, como consecuencia inmediata de esto, á la negativa para tomar parte en el servicio militar (ó pagar impuestos, con fines militares).

Nunca, pues, tolerarán abiertamente tales negativas, y en secreto castigarán á quienes se hayan hecho reos de ellas, desterrándoles de la sociedad.

Mientras los Gobiernos continúen no tan sólo adquiriendo nuevas posesiones (las Filipinas, Puerto Arthur, etc.), sino guardando todavía lo que han adquirido (Polonia, India, Alsacia, Lorena, Argelia, Egipto, etc., etc.), los ejércitos de los diversos Estados tendrán que aumentarse más y más; y en tanto que los Gobiernos continúen gobernando por la fuerza á sus súbditos, no tolerarán en caso alguno que alguien pretenda desconocer la obligación militar.

Los ejércitos se disminuirán ó serán abolidos tan sólo cuando el pueblo deje de permitir que se les convierta en los esclavos de otros individuos y sujetos todavía al manejo bestial que se llaman los ejercicios militares y la disciplina. Y el pueblo cesará de someterse á estas enseñanzas cuando se haya despertado entre ellos el sentido de su propio valer.

Este resultado, vuelvo á repetirlo, solo ocurrirá cuando la ilustración verdadera se haya generali-

do debidamente. Y no por cierto aquella ilustración por la cual el hombre, con el conocimiento que le dan las ciencias y aprovechando de todas las invenciones reconoce el derecho de un pueblo para controlar las acciones de cualquier otro, y consienta, por lo tanto, la ejecución de malos actos; sino aquella ilustración por la cual el hombre rehúsa someter su libertad, base de su merecimiento como sér humano, entre las manos de otros, y se contempla á sí mismo como el solo responsable por sus actos.

Cuando esta clase de conocimientos se haya propagado, solo entonces los ejércitos podrán disminuirse y ser abolidos.

Y serán olvidados y disminuidos, no por el deseo de los Gobiernos, sino contrariándolos.

Se ha publicado hace poco el caso de un regimiento americano que rehusó marchar contra Ilo-Ilo. La nueva se cita como si fuera algo notable. Lo que sí es característica es como todos aquellos regimientos de guerreros rusos, alemanes, franceses, italianos y americanos, en lugar de hacer la misma cosa, obedezcan al capricho de hombres que le son desconocidos y que les hacen marchar en contra de los súbditos de cualquiera otra nación, de quienes no han recibido daño alguno.

Ciertamente que si el pueblo al presente va á la guerra, y si entra al servicio militar entregándose en esclavitud á hombre que ni aun estima, es sólo por cuanto tales personas viven en un estado de terrible ignorancia moral.

Si los pueblos alcanzaran ya el estado de educación verdadera á que antes me he referido, ciertamente que el anuncio de la conferencia proyectada no habría encontrado eco simpático y esperanzas mal definidas.

Se la miraría con desprecio y burla cuando no con indignación; mientras que los rechazos perentorios para servir en el ejército se habrían manifestado ante el mundo entero como ejemplos de acciones verdaderamente heroicas de parte de los hombres que saben sufrir por la causa de la libertad y el progreso de la humanidad.

Tales son las razones porque creo que la opinión de ustedes cuando piensan que la negativa para servir en el ejército constituye un fenómeno de importancia considerable que quizá consiga librar al género humano del servicio compulsivo, es perfectamente justa. Cuanto á la idea de que la conferencia quiera contribuir al logro de tal propósito, me parece del todo equivocada. La conferencia no hará otra cosa que desviar de la vista del pueblo todo aquello que signifiquen los medios verdaderos para salvarlo y para libertarlo.

Enero de 1899.

LEÓN TOLSTOY.



UNA VENTANA.—F. MARTÍN.

LA MIRADA.

IMITACIÓN DE MADAME DESBORDES VALMORE.

Deja, ya vi tus ojos que con su dulce brillo
 Se unieron á otros ojos que brindan el amor,
 Y yo no sé qué duelo mis párpados agobia,
 No sé qué horrible noche rodea mi corazón.

Dijérase que opreso por una mano ruda
 El fallo de su muerte no quiere resistir;
 Mi bien, así te salvo de atroz remordimiento,
 ¡Ay! deja, no te amo.... porque deseo morir.

Y sola, abandonada, henchida de amargura,
 Perdida la esperanza, bajé á mi corazón,
 Y hallé tu imagen rota bañada con mis lágrimas:
 ¡Ay! ¿quién borró tu imagen robándome tu amor?

Tú solo, y aun quisiera creerte en mi desgracia;
 He visto.... hermosos ojos te hicieron delinquir;
 La dicha de los cielos soñaba yo ¡insensata!
 Mas deja, ya comprendo, nací para sufrir.

¿Y tú por qué así lloras? no quiero ver tu llanto,
Allí están esos ojos que no quisiera ver;
¡Ay! déjame execrarlos, mas, lejos, por lo bajo,
Y oculta, silenciosa, mis lágrimas verter.

¡Oh! parte y sé dichoso, lo quiero y lo suplico;
Que vino tu amargura mi pecho á desgarrar;
Que muero pronunciando tu nombre en mi delirio,
Que siempre he de adorarte, no, nunca lo sabrás.

MANUEL DE OLAGUIBEL.

LA UNION AMERICANA.¹

NÓTAS HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS.

Plan político con brillantes proyecciones teóricas y prácticas en la diplomacia hispano-americana. En todo tiempo la opinión y el gobierno del Perú han sostenido decididamente la Unión Americana. Gran propaganda en este sentido se comunicaba de Chile á Bolivia no hacen todavía cuarenta años. Sociedades particulares se han señalado por su entusiasmo en la última república cuando la anexión española de Santo Domingo, cuando la francesa invasión monarquizadora de México, cuando el apoderamiento de los Chinchas por España en son reivindicatorio.

La antigua Colombia, Perú, Chile y Bolivia son las naciones sud-americanas que mayormente han impulsado aquel movimiento continental. Nació éste, puede decirse, en la cuna misma de aquellas repúblicas.

Impresos de triple procedencia divulgadora, parlamentaria y diplomática, constituyen los anales de la unificación ó coadunación hispano-americana. Anales que de lleno interesan á la historia y literatura de estos países. Llevan la cuenta y razón de los hechos y de los dichos públicos en días de sobresalto y confraternidad proselitistas.

El ocuparme aquí en el asunto no significa que la bibliografía del Perú, ni tampoco la de Bolivia, hayan sido mayores contribuyentes al proyecto de la gran comunidad. Pero sucede que la fuerza de

las cosas de estos dos centros de energía, llevando con lógica el espíritu á los demás centros de análoga energía simultánea, produce en suma una generalización ó el bosquejo de una generalización.

Y, bien pensado, cierta idea del conjunto es en el caso noción integrante del conocimiento. Las palabras mismas «Unión Americana,» ¿no envuelven de suyo un significado de índole sintética?

I

Con el predicho nombre entendemos aquí una fraternidad peculiar de las repúblicas hispano-americanas. Las palabras valen en el caso como decir estrechamiento de los vínculos que en aquellas provienen del común origen, instituciones, etc. Significan asociación de los esfuerzos de dichos Estados para una doble tarea interna y externa: mejora y progreso armónico de todos; ensanche de su poder colectivo y de su seguridad general.

Pero no siempre ha tenido la expresión este complejo alcance ó latitud de significado. De ello es claro testimonio la bibliografía. Conviene por eso distinguir bien, en la categoría de impresos que nos ocupa, la clase originaria que sirvió de simiente al primer cultivo y donde se han derivado y extendido los demás. Por ahí vendremos al conocimiento de dos especies primordiales de un mismo género, ó sea dos progenies, que, con sus variedades, constituyen la casta bibliográfica denominada Unión Americana.

En su origen esta última significó alianza y federación de estas repúblicas hispano-americanas. Tratóse entonces de una liga para vivir en perpetua paz todas, quedar hoy en guardia contra el exterior peligro, defender siempre unidas la integridad territorial y soberanía independiente de cada una.

Han sobrevenido después estos últimos intentos; pero también ha ocurrido otro diferente, al cual desde un principio se llamó con largueza Unión Americana. El nombre estaba á la sazón disponible por la vacante indefinida de sus primeros objetos.

En el andar intermitente, desigual y dificultosísi-

¹ El Sr. Gabriel René Moreno, director por muchos años de la Biblioteca de Santiago de Chile, profesor de literatura en la Universidad, es autor de varias monografías históricas y de un tratado de Literatura. Nuestro periódico publicará próximamente un artículo sobre el tan discutido asunto de la Unión Americana. Joven aún, ó más bien en la plenitud de su virilidad, es de aquellos espíritus para los cuales el trabajo intelectual es una necesidad de vida. Es un talento fuerte, nutrido, con erudición de buena ley y sólidamente educado. Es de aquellos escritores que diríamos poliédricos por enseñarse en múltiples facetas y con igual intensidad en el pensar y decir. Su estilo original, correcto y lleno de un fino *humour*, salva sus producciones didácticas de aquella natural monotonía y pesadez del tema. El presente artículo ha debido salir el mes de Septiembre en la "Revista del Chile" simultáneamente, mas, como nuestra publicación es trimestral, se ha retardado hasta ahora.

mo de su peregrinaje, el designio federativo y aliancista de la Unión Americana hubo de ceder de su altitud y profundidad magníficas. Ha cedido á la preferencia de establecer precisas relaciones estrechas, habituales y correlativas entre los pueblos hermanos. Aspira á constituir una reciprocidad permanente de prestaciones y servicios entre las repúblicas. Serían éstos los vehículos positivos por donde el espíritu de cada una y el de todas á la vez se compenetraran y se fusionaran. De esta manera el buen concierto, tras de producir ciertas ventajas parciales inmediatas, sería en un todo preparatorio de la adaptación mutua de nuestras repúblicas, y en este sentido eminentemente preparatorio de la adaptación en común, para cuando alguna vez se quisiere establecer entre todas una solidaridad internacional de carácter político.

Según esto, hay Unión Americana de calidad estricta y Unión Americana en sentido lato.

Los vínculos naturales, intereses comunes, peligros del momento, etc., que motivaron la reunión del Congreso de Panamá en 1826, asamblea en minoría donde, al dictado de Bolívar, se intentaba realizar una federación y comunidad anfictiónica entre las nuevas repúblicas de Hispano-América, punto de arranque han sido de una producción literaria que diremos indígena de estos países, débiles de origen, constituidos en mayor debilidad todavía al ingresar súbito, sin preparación alguna, al concurso de las naciones soberanas. Habíanse alentado ó auxiliado durante la guerra de su independencia, y nuevos peligros les movieron á fraternizar defensivamente después de la victoria. El proyecto de Bolívar respondía á estos sentimientos acudiendo á llenar la necesidad de ponerse en guardia.

No hay para qué advertir que á este caso primitivo, y si decimos genuino, de la Unión Americana, es correspondiente el sentido estricto de la palabra.

El plan político no tuvo resultados, y hemos de ver que Bolívar mezcló en él intereses que no eran generales de la comunidad.

En ocasiones posteriores ha ocurrido un análogo movimiento de opinión seguido de algunos pasos de la diplomacia. Entre tanto, la liga federativa y la comunidad anfictiónica se han quedado de nuevo en espera de su realización.

En todos los casos, como bien se comprende, el estudio del proyecto, los trabajos de divulgación, los actos diplomáticos, etc., han generado impresos, y estos escritos constituyen una especie bibliográfica literariamente caracterizada.

¿Por qué los trabajos del Congreso de Panamá no tuvieron resultado? Corresponde á la historia explicar las causas. Lo que á la bibliografía cumple en el caso es apuntar un hecho. Si bien fallida aquella vez la realización de una liga, la idea de la Unión Americana en sí misma no pereció. Ni podía. Los sentimientos y la necesidad que habían generado el designio de una alianza federativa, si deben padecer eclipses más ó menos largos, si entrañan dificultades enormísimas sus arreglos más bellamente concertados, son de suyo hechos ingénitos de la raza de nuestro suelo y por eso mismo persistentes. Y lo serán mientras no se obre una transformación política y social en Hispano-Amé-

rica. Así es que más tarde surgió de nuevo la Unión Americana, y vuelta á frustrarse las tentativas para plantearla.

II

Hoy sigue el gran designio un lento proceso evolutivo buscando el éxito tras la senda y en la virtualidad del transformismo. Hasta aquí las selecciones de este conato de perfeccionamiento laborioso no desdican, no, antes denotan una face interesante y nueva de la Unión Americana.

Porque no muy lejos de los fines principales del Congreso de Panamá—que bien pudieran considerarse como puntos de mira hacia un ideal político de la gran familia hispano-americana—otros objetos se han puesto más tarde á la vista, no del pueblo, sino de la diplomacia, tendentes al mayor y efectivo acercamiento de las nuevas naciones, y conducentes con eso á una lejana pero muy individualizada confraternidad. Desde entonces la unificación se persigue en una esfera menos política y más sociológica.

De aquí una serie de trabajos jurídicos, no pocos de administrativo carácter, que abarcan, en la esfera de los intereses privados, el doble afán individual y social de las nacionalidades correspondientes. Aspiran á producir entre algunos países americanos, más tarde entre todos, un concierto de leyes que muy favorecidamente igualen en cada uno, por consecuencia en todos á la vez, las personas y cosas de los extranjeros que pertenecen á la Unión. Y todo políticamente combinado para que del interés común distributivo, mediante el acrecentamiento de la confianza, surja en armonía un colectivo interés general de actividad, mejoras y aspiraciones públicas.

¿Es esto volver la espalda á la liga federal y á la comunidad anfictiónica? No precisamente. Pero se persigue el arbitrio de ahondar en nuestro continente las conexiones nativas, y se atiende á llevar más allá de su procedencia originaria las analogías, así etnológicas como históricas y geográficas. Bien puede decirse por eso que es una manera lata de efectuar una liga ó comunidad americana.

Muy posible que los trabajos ya comenzados obtengan más que medianas results. Pero ello no sería sino muy á la larga. Lo mejor es que no se inspiren meramente en la amistad que profesarse deben los pueblos civilizados. Alienta en ellos un espíritu de benevolencia que diremos doméstica. Mueve sus pasos cierto compañerismo de consanguinidad. No pocos arreglos son susceptibles de ir muy lejos en alas del sentimiento hispano-americano de familia. Coadunación de esfuerzos para conquistar la paz estable entre todos, legislaciones patrias fundadas de consuno en el predominio del principio territorial sobre el personal, múltiples corrientes de aproximación y simpatía comerciales, postales, literarias, sociales, etc., se consideran medios de llegar jurídica, administrativa y sociológicamente á constituir con nuestras repúblicas una verdadera «magna civitas»; hermoso agregado homogéneo de autónomas individualidades colectivas, de donde más tarde pudiera muy bien surgir, grande, fuerte, el «pluribus

unum» de la Unión Americana que fuere más práctica y ventajosa.

Los anteriores trabajos generaron un cúmulo de publicaciones que corresponden á teorías, proyectos, negociados y aun ajustes entre altas partes. Para comienzo tendían éstos á constituir comunidad en ciertas materias de derecho internacional privado, verbigracia propiedad literaria, diplomas profesionales, derechos procesal y penal, aplicación de leyes de un Estado en otros, etc., etc.; ó bien en algunas materias de derecho de gentes público, como ser el arbitraje permanente, magnánimo conato de paz inalterable en familia y que aspira á realizar, cual de naturaleza y esencia americanistas, una institución que es en rigor humanitaria.

También pertenecen á este linaje de Unión Americana los congresos internacionales, ya pedagógicos, ya jurídicos, ya de minería, ya sanitarios, ya científicos etc., etc.; las corporaciones que entre algunas de nuestras repúblicas se corresponden para el cultivo y preparaciones de cualesquiera especies de ideas ó propósitos unionistas; el canje obligatorio y constante de los respectivos impresos nacionales, etc., etc.

La prensa que en diversas formas concierne á este vasto afán, afán todavía no común, pero que en todas nuestras repúblicas ha encontrado cooperadores decididos, es la única prensa que de la Unión Americana existe en labor actualmente. Y puede afirmarse que así las manifestaciones fraternales de dicha prensa, como las que se contraen á traducir ó fomentar las aspiraciones precisas hacia donde hoy evoluciona el pensamiento unificador, no parecen tomar en cuenta para nada la antigua idea de liga anfictiónica y de alianza defensiva.

III

En tratándose de la antigua Unión Americana hay que distinguir el hecho y su teoría, la «cosa» y la «palabra.» Y hay que convenir en que la palabra valió siempre mucho más que la cosa. Esta última no ha de figurar tan ventajosamente en la historia,—si no es atrevida la afirmación— como le literatura de sus planes y de supropaganda ha de figurar en la bibliografía. Mejor dicho: si algún lugar en el recuerdo de la posteridad ha de tener la Unión Americana de nuestros padres, de seguro no será, no, por obra de los hechos, sino por eficacia de los dichos.

Por cuáles ó tales causas, que no son de este lugar, la «cosa» fué deleznable ó resultó frustránea. Y la «palabra», en cambio, resuena todavía, y parece que resonará en adelante vibrando á través del tiempo olvidadizo. Porque la elocuencia de sus brillantes ideales, los gritos de la sangre bullendo en el corazón de esta gran patria de América, los llamamientos inexpertos pero generosos á la unión de todos ante el peligro del hermano, palabras fueron y no más, pero palabras que consigo llevaban esa calidad de timbre que entre los hombres dura, y que dura con la perenne energía propia sólo de lo bien sentido y sinceramente expresado.

La «cosa» fué en todo tiempo hija del temor á potencias de Europa y también á las de América. Pero tan solamente la vez primera fué desig nio concebido

en el gabinete de los estadistas. Salía de la cabeza luminosa de un varón egregio, quien persistió en ella cuando ya él estaba muy tocado del delirio de su personal grandeza. Mal para la Unión Americana. Después ha sido ésta un impulso afectivo de raza y familia acompañado de movimientos objetivos de opinión. Desde entonces, toda vez que ha tornado á producirse el hecho, ha sido con desasosiego y con alarma, sin perder ápice de su sectarismo difusamente étnico y proselitista, más bien dicho proyectista.

A lo menos, así en esta forma pudo contemplarse poco menos de cuarenta años atrás. Ya no era designio de estadistas sino aspiración de la juventud y de las clases superiores. Los transportes de la fraternidad eran entonces, más bien que efusivos, marciales.

Como debe calcularse, las combinaciones y arreglos consecuentes no lograron revestir solidez, ni alcanzaron trascendencia al terreno de la práctica. Al contrario: ha acontecido que los esfuerzos mismos, los propios ensayos para convertir las aspiraciones en actos de los gobiernos,—esfuerzos y ensayos nunca generales, en todo caso intermitentes y pasajeros,—han servido para poner delante de los ojos el arduo aspecto de las dificultades, y han acabado por sembrar donde quiera dudas sobre la plantificación alguna vez.

Desde los días originarios hasta el postrero de su aliento, según queda ya entendido, la clase de Unión Americana que venimos recordando—la federativa y aliancista—tuvo siempre pública palabra impresa, así oral como escrita. Y conviene añadir, que no fué el designio de los estadistas, sino la aspiración de la juventud y clases superiores, según la diferencia que ya hemos dicho, el reclamo de familia con mayor trascendencia al campo de los hechos. Impulso más ó menos general, muy contagioso al aire libre en comicios populares, ó bien desde la seductora tribuna de la prensa, ese reclamo estentóreo se ha llevado por delante, en días de alarma y de entusiasmo, á los hombres de gobierno y á los poderes públicos, haciendo á éstos perder alguna vez la circunspección y la calma de la política.

Así transformada en colectiva opinión dirigente, la palabra de la liga fraternal pudo subir á las notas más altas del americanismo doctrinario, oratorio y poético. Ella sola, y no otra, la que derramó las producciones más significadoras, luminosas y floridas de la unión continental en cualesquiera de sus aplicaciones políticas. Una misma chispa electrizó de un extremo á otro los ánimos así superiores como inferiores en cuanto al modo de sentir. El caso de «intelecto» ó mente de organismos colectivos humanos, curiosísimo fenómeno sociológico cuando se trata de un conjunto de agrupaciones como el de Hispano-América, se determinó aquella vez con caracteres de evidencia científica. El pensamiento de ese intelecto habló altísimo, no sólo durante las luchas de la prensa de propaganda, sino también en los momentos solemnes del afán verificador.

Concédase á la crítica cuanto quiera decir contra los juicios de ese intelecto; concédasele á fin de que forme el cargo de los errores por ilusión, sobresal-

to, inexperiencia, etc., etc. Estos mismos errores son parte en individualizar singularmente esa mentalidad colectiva. Nos muestran el grado de evolución biológica y nos pintan al dueño ó sujeto de la evolución. En todas esas lucubraciones, teorías y arranques alienta con plenitud, más bien que un intelecto, una alma: el alma de esta América en el cuerpo de su raza adolescente y poseída de los instintos más geniales.

IV

Y bien se dejó ver que esa alma es noble y hecha para el poder y la justicia.

Al penetrar en el espíritu de aquellas páginas, que á la verdad tienen tanto de espontáneas como de muy meditadas, se divisa un término más ó menos cercano á funestas rivalidades y vulgares malquerencias. El pensamiento se afirma en esperar que el equilibrio de los Estados, la estabilidad de ese equilibrio, no será más tarde por acá obra de la fuerza sino del derecho de cada cual.

En las naciones prepotentes del viejo mundo, y ya también en las del nuevo, está privando hoy la política del imperialismo. Durante el conflicto de rivalidades provenientes de este ávido y cada vez más ufano imperialismo, palabras se han escapado muy reveladoras. Al trasluz de ellas se divisa cierta alianza en ciernes entre dos fuertes potencias, alianza cuyo éxito fuera la hegemonía etnológica y política de la raza anglo-sajona entre los pueblos débiles de otras razas.

Alguna vez ha de amagar á nuestras puertas cualquiera de esos imperialismos de mar y tierra. No es fácil predecir lo que en el caso harán estas naciones afines y consanguíneas á la vez. Pero uno presiente que, cuando amaguen ellos la fraternidad y solidaridad de nuestras jóvenes repúblicas, si algún sentido tienen estos anales de la Unión Americana, tornarán á ponerse de pie, cuando menos para protestar unánimes contra el ultraje ó la usurpación. Aquí el servicio de la bibliografía coleccionista. Porque es seguro que entonces, á fin de levantar el corazón intrépido, todas vendrán sedientas á beber en estas fuentes del americanismo.

Fuentes son tan generosas como abundantes. Con hondas raíces en el suelo de Hispano-América, nada raro es que esta literatura política haya abarcado las tres formas generales de la bibliografía: el libro ó el folleto, la gaceta periódica ó la cotidiana, la hoja ó el pliego sueltos. Y ha tenido su didáctica, su oratoria y su poesía, esa literatura; i en el proceso de su existencia en el tiempo, todas estas manifestaciones del espíritu público unificador han tenido su floración, su decadencia y su decrepitud bien caracterizadas.

La teoría y la propaganda de la Unión Americana, propiamente dicha, hicieron de la prensa periódica y de la cotidiana su cátedra y su tribuna predilectas.

La doctrina y las teorías en este asunto no son una misma cosa. Las teorías no eran científicamente impasibles. Servían á los fines seductores de la propaganda. En este orden, estampas de gran ardimiento luminoso se contienen en cuadernos de

revistas. Lo que no vale decir que estas últimas no hayan dilucidado alguna vez con serenidad la doctrina política. Entre tanto, es en los boletines de la prensa volandera donde hay que buscar el fuego mayor de las teorías de propaganda.

Unas veces á presencia de peligros que nublaban algún punto del horizonte hispano-americano, otras veces para señalar en el porvenir brillantes celajes de prosperidad, en las gacetas está impreso lo más bello de las teorías, lo más avanzado de los intentos sobre alianza y federación de nuestras repúblicas. Allí la estentórea voz de alarma contra anexiones, reivindicaciones y conquistas europeas en Hispano-América. Allí el clarín guerrero y el somatén de la venganza! Palpita en la gacetería el fervor tribunicio y á la vez acalórico de la juventud cogida del entusiasmo en nuestras repúblicas. Arde ese lirismo en prosa y verso de la musa política y con que el sentimiento vehementísimo de la gran patria americana, asociándose á los actos y dictados de la opinión, trajo al acorde harmónico sus amores heroicos y sus iras magníficas.

Al contemplar estos arrebatos de una generación adolescente, los espíritus de la actual tal vez se sientan menos hermanables, lo que á su juicio valdría decir: menos ideólogos, más prácticos. Pero se puede asegurar una cosa digna de notarse. El temple de los ánimos podrá ser hoy cuanto se quiera no susceptible de ser influido por esos escritos; pero indudablemente éstos no llevarán al corazón el frío ni la sonrisa á los labios. Porque las páginas de la Unión Americana, á la vuelta de sus transitorias pasiones y excitaciones de aquellos días, tienen todas ellas la rara virtud perenne de traer á cuentas la previsión del pensamiento.

Tampoco se podrá decir que no contengan capítulos capaces de edificar á los escépticos. Los tiene muy sensatos la Unión Americana. Se hallarán en los parajes que en seguida se dicen.

Lo más sereno y profundo de la doctrina, la teoría política y diplomática de la Unión Americana, figura de preferencia en cuadernos y en libros especiales. Esta forma de corto tamaño, en páginas tras páginas cosidas, es de suyo indicativa de determinamiento y aleja toda idea de improvisación. Y, con efecto, en folletos y en libros que recopilan folletos ó documentos diplomáticos, se ha disertado con seso y peso, se han emitido dictámenes luminosos, se han formulado pactos y estatutos, y constan pocas actuaciones y negociaciones. Nada de todo esto será perdido, nada ciertamente, para la ciencia política ni para el arte de la diplomacia hispano-americana.

V

Desde fines de 1889, en que el Brasil ingresó á la comunidad republicana, de la democracia del Nuevo Mundo, es obvio que ya no se podrá decir, cual se solía á veces de la unión que nos ocupa, "unión latino-americana." Porque los fuertes lazos de la Unión Americana jamás abarcaron en su haz uniforme y estrechísimo al Brasil, y porque hasta aquí no hay motivo que autorice á creer que alguna vez aten aquel país latino al haz formado por nuestras

repúblicas. Dicha expresión partió de México i de Centro América. Con sobrados motivos obvios, la palabra «americana» se halló, desde el primer momento, inexacta en aquellos países.

La distinción no tiene valor meramente filológico, ni va en cautela de la mayor propiedad gramatical del nombre «latino-americana.» Interesa de lleno á la bibliografía y envuelve la noción de un hecho que pertenece á la historia.

Tan luego como empezaron á tomar consistencia y extensión los trabajos de la segunda especie de Unión Americana, es decir, la que trata de uniformar sociológicamente la raza española de América mediante arreglos de índole jurídica y administrativa, algunos han querido preferir para el caso el nombre «unión latino-americana,» á fin de incluir en los nuevos trabajos diplomáticos al Brasil. Es lícito creer que, sea cual fuere el pensar de las opiniones hoy día, no ha de ocurrir más tarde imposibilidad diplomática al respecto de aquella inclusión. No poco del gran éxito peculiar de las labores consiste en obtener pactos del estado de paz, ó sea cierta feliz unificación en materias de derecho común de gentes. Y, ¿por qué no había de ingresar en semejante comunidad la hermana del Brasil?

Así y todo, es el hecho que la inclusión de la nueva república provoca resistencias. Todos los Estados del continente del Sud, menos uno, son limítrofes del Brasil. Casi ninguno ha salido bien impresionado respecto de aquel vecino, sea más bien dicho acerca de su política y sus éxitos, mientras las repúblicas se agitaban en la anarquía, regidas por gobiernos irregulares; porque el imperio entonces aprovechó para sus fines por sistema las ventajas de su diplomacia estable y persistente. De aquí han provenido en los pactos lesiones, algunas enormísimas y que no se olvidan.

Se ha podido advertir que en algunos de dichos Estados, aun para los fines de una comunidad útil que no reposaría precisamente en conexiones sociológicas entrañables, la vieja y heredada antipatía de raza contra portugueses,—hecho notabilísimo durante la dominación española, y que ciertas reconciliaciones ó alianzas de familia allá entre Lisboa y Madrid no hacían sino inflamar en estos vecindarios coloniales—salta instintiva por boca de la muchedumbre á repeler de nuevo sin mirar. Es regular que en el Brasil suceda en correspondencia otro tanto, y es muy significativo el hecho de que dicho país nunca haya manifestado interés por la Unión Americana.

Las repúblicas hispano-americanas del Centro y Norte ¿aceptarían la inclusión del Brasil en la comunidad por que se trabaja lentamente? ¿Atribuyen valor político al recuerdo de que el Brasil vivió garantido por la Santa Alianza mientras de esta liga de soberanos absolutos lo temían todo, y hasta por su propia existencia, los Estados natos de la Unión Americana? Sin significar una exclusión explícita, existe un hecho que viene a denotar que, cuando menos, no entra hoy en la mente de las repúblicas latinas del Centro y del Norte la comunidad con el Brasil.

El órgano de este concierto unificador de la raza española de América, órgano si no el más alto, el más

persistente, ha sido hasta no ha mucho el cuaderno quincenal, que fundado en la ciudad de México el año 1884 por D. Francisco de Lafuente Ruiz, lleva el título de *Unión Latino-Americana*. Durante una existencia no interrumpida de doce años, ha impreso 16 volúmenes de 4º mayor á dos columnas, que son un variadísimo repertorio político, estadístico, histórico, geográfico y comercial de las tres Américas hispanas. Tras de imprimir á principios de 1897 en dicha ciudad el número 287 de su colección, trasladó su dirección administrativa y su estampa tipográfica á París. Allí aparecía un mes más tarde (Marzo 10 de 1897) en diferente forma de tamaño, no ya cada 15, sino cada 10 días, y al parecer para servir de preferencia intereses de otro orden y menos especiales de Hispano-América.

Conviene apuntar que este órgano impulsor, conciliador muy á menudo de las aspiraciones, sentimientos é intereses de la gran familia hispano-americana, nunca entendió que su propaganda se extendía á la nueva república de los Estados Unidos del Brasil.

VI

Escritos existen, algunos brillantes y abundantemente impresos, que preconizan otras «uniones americanas.» Alguna vez este nombre ú otros semejantes han pasado á ser en la prensa *reclamos* de empresas industriales ó comerciales. Pero también otras veces han servido de órgano sincero á aspiraciones ó tentativas fraternales de índole noble y levantada. De estas dos especies generales, prototipo ó norma de otras subalternas, conviene tener idea, á fin de mejor deslindar con estas exclusiones el sentido genuino de la Unión Americana.

A la primera categoría pertenece como primordial la empresa que quiso ser llamada «Unión Pan-Americana» (de *todos* los americanos).

Más adelante se dirá de ella lo que corresponde. Fué venida del exterior, bien así como la de muy distinto espíritu que se pasa á enunciar.

VII

En la especie noble y que diremos del orden jurídico, intelectual y moral, positivo intento de fraternización americana, muy plausible cuando menos, es el que hasta no ha mucho tuvo á Madrid por centro de acción y de propaganda. Perseguíase la unificación del derecho internacional, así público como privado, entre España, Portugal y las repúblicas latinas de América. La reunión de Estados no era muy en familia, como se ve. De aquí el nombre de «Unión Ibero-Americana» con que ella quiso ser llamada.

A este movimiento de aproximación, debido gran parte á redoblados esfuerzos colectivos de origen particular, corresponde la reunión de dos congresos,—diplomático uno de ellos—á los que, por eficacia de opinión prestigiosa, fueron compelidos á enviar representantes algunos gobiernos.

Una de estas reuniones fué la del Congreso Ibero-Americano de Lisboa el año 1889. Si no conducentes á la práctica positiva de una unificación general de intereses y derechos comunes, trajo esta

asamblea al debate algunos temas de consideración y ensayó fórmulas de arreglo dignas de examen, ya que por otra parte el Congreso se había constituido con escasísimo número de plenipotenciarios.

Cuando toda España celebraba el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, con asistencia casi unánime de delegados hispano-americanos á todos los festejos oficiales, se reunió en Madrid un Congreso Ibero-Americano de Juristas. Allí se trajeron á examen temas de estudio y proyectos de arreglos que acreditaban un notabilísimo espíritu de progreso en la ciencia del derecho, no menos que un gran sentimiento de raza en pro de la confraternidad y de la unión. No ocurrió en los debates ninguna divergencia calificable.

Ciertamente, llevados á la práctica algunos de esos proyectos, se hubiera determinado en los pueblos una especie de fusión con tinte político de buena ley, y se hubiera abierto margen amplísima á la multiplicación de nuevos contactos morales, intelectuales y comerciales.

A primera vista pudiera acaso decirse que los lazos abarcaban en su haz demasiado para los tiempos que corren. Los hechos hubieran confirmado casi inmediatamente el pronóstico.

Bien examinados estos trabajos de índole etnológica, se advierte que habían recibido de Hispano-América su inicial impulso. De aquí habían España y Portugal recogido la idea de la unificación jurídica, que no les pareció teoría descabellada cuando sabios de Europa y también de Norte América la consideraban susceptible de aplicación universal. De aquí habían llevado el designio, enteramente ajeno del intelecto europeo, de que las relaciones entre los pueblos hispano-americanos quedaran en todo caso dentro del orden *exclusivamente* jurídico.

¿No corría impreso el archivo nuevo de la Unión Americana? Y entonces la juventud estudiosa de las aulas superiores, los viejos progresistas de esos centros de antiguo poderío, contemplando desde España y Portugal la labor unificadora de estas repúblicas hispanas, habían concebido la idea de cultivar la hermosa y saludable planta en la península, y con eso fomentar su fructificación copiosa allí á la par que en su suelo indígena. Y el propósito no pudo ser más levantado: obrar de resultas el prodigio de la paz estable entre los cultivadores, evocar el milagro de la perpetua fraternidad solidaria, paz y fraternidad entre los iberos y los americanos de la gran raza latina.

Eran alentadores ciertos conatos preexistentes hacia la utopía, si como tal consideraron algunos incrédulos el *desideratum* que nos ocupa. En 1877 el Perú había logrado reunir un Congreso Americano de Juristas, que había suscrito un pacto sobre uniformidad de leyes internacionales en materia de derechos privados, y otro sobre extradición. El primero llevaba el voto de los plenipotenciarios de la Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Ecuador y Perú; el segundo obtuvo, además de la aprobación de estos representantes, la del Uruguay y de Guatemala. El Congreso de igual especie inaugurado en Montevideo el año 1888, con representantes de la Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Pe-

rú y Uruguay, ¿no había suscrito tratados de derecho penal y procesal, de derecho civil, de derecho comercial, y sobre validez y aplicación de leyes extranjeras y sobre propiedad literaria y artística?

Es lo cierto que la fraternidad amiga de la unión jurídica, si hemos de contemplarla á la luz de la bibliografía americanista, era acá un acercamiento de vecindad, y, antes que un instinto de raza, un sentimiento de familia. Con esto se viene en la cuenta de que, por acá y entre los de acá, fué y es un impulso congénito de triple convergencia. No así entre España, Portugal é Hispano-América.

La inicua intransigencia de España con los patriotas autonomistas de Cuba, y bien luego la ferocidad horrorosa de su represión allí del movimiento revolucionario de independencia, echaron al suelo y sepultaron en estas repúblicas—antiguas colonias oprimidas y ellas también sangrientamente reprimidas por España—la titulada Unión Ibero-Americana.

La imperturbable y respetable corporación, ó á lo menos su consejo directivo de Madrid, con una llaneza que rinde honra á la intención ya que no á la sagacidad, celebraba junta todavía el 12 de Diciembre de 1898, quizá también en 1899. En la prensa grave de dicha corte el cuaderno mensual intitulado *Revista de la Unión Ibero-Americana*, órgano de la internacional milicia unificadora, aparecía aún el 8 de Enero de 1899 bajo el núm. 157 de sus series en 4º español. Su labor asidua, vigilante, luminosa y cordialísima había durado trece años.

Para este y otros fines de la propaganda había tesoro voluntario suficiente. La propaganda y los estudios corrían á cargo de 220 peninsulares notables, constituidos al efecto en asociación legal. Todo iba bien. Hasta la Academia Española de la Lengua había querido cooperar á los esfuerzos del acercamiento. Había elegido, para correspondientes de su cuerpo y de su instituto, á individuos de casi todas nuestras repúblicas.

El gobierno de España por una parte, y la opinión de Hispano-América por otra, al poner término á una empresa de alto vuelo, deben reconocer unánimes el mérito que corresponde al generoso impulso colectivo, de origen enteramente privado, que se nombraba Unión Ibero-Americana.

VIII

El reímate que tuvo la Unión Pan-Americana, de origen público, no fué menos deplorable, bien que la empresa perteneciera por su espíritu, á la especie de unión americana que antes hemos calificado de mercantil.

Esta conspicua empresa de fraternificación—quizá del caso aquí el neologismo—fué acometida por el gobierno de los Estados Unidos del Norte, tuvo á Washington por base de operaciones sobre nuestras repúblicas, y alcanzó su desenlace en el Congreso Pan-Americano de la misma ciudad (1889-1890).

Dicha asamblea fué general y diplomática. A los representantes de la potencia invitadora, dueña del programa y de los preparatorios estudios, se junta-

ron entonces diez y siete ministros de las repúblicas latinas. Así congregados iban á tratar asuntos que concernían á los intereses privativos de su gran continente y á la humanidad en general.

No será de más recordar que se inauguraron los trabajos de la asamblea con un espléndido y triunfal paseo, paseo de los representantes latinos á través de todas las repletas fábricas, abarrotados almacenes, rebosantes emporios industriales, etc., de la potencia anglo-sajona que hacía los honores de la casa.

En las sesiones del Congreso se propuso por dicha potencia un proyecto de arbitramento permanente, encaminado á alejar los estragos horribos de la guerra entre las repúblicas hermanas. Ese proyecto parecía, desde un principio, destinado á quedar tan sólo escrito en el papel; y así sucedió.

Presentáronse otros proyectos sobre materias diversas más ó menos complejas; en particular sobre franquicias comerciales y aduaneras y sobre marcas y privilegios industriales, etc. Su alcance no había de ocultarse á nadie. Muy presto se cayó bien en la cuenta, que á lo que la gran república aspiraba era, ni más ni menos, á convertirse en centro productor-surtidor de las repúblicas latinas, y á quitar estas consumidoras asiduas á los mercados manufactureros de Europa. Otro linaje de unión con aquellas le era de todo punto indiferente.

«Grande empresa,»—dice con este motivo Don Gaspar Toro—«que había de resultar superior á las grandes fuerzas de Mr. Blaine, ese audaz, positivo y práctico sajón, que creyó posible conciliar y reunir en un solo haz tantos y tan diversos intereses, que creyó fácil poder dominar y dirigir á aquellos doctores latinos, hombres vivos, susceptibles y recelosos; retóricos fecundos y magníficos. Apenas iniciadas las discusiones, y aun antes de iniciadas, pudieron verse los graves obstáculos que el Congreso había de encontrar. Su probable fracaso fué divisado hasta por hombres mediocremente perspicaces.»¹

Las actas en inglés y en castellano, como asimismo los dictámenes de las comisiones permanentes y los debates correlativos, unos y otros sólo en castellano,—muy preservadores los latinos de su literatura y los yankees para maldita la cosa guardarla en inglés—se publicaron por la Imprenta del Gobierno, Washington, año 1890, en tres volúmenes de 4º mayor, que suman nutridamente 2,167 páginas.

En esta tentativa no puede haber duda de una cosa. Por aditamento, á la vuelta del buscado emporio central de mercaderías para el consumo de estas repúblicas, se hubo de divisar que se asomaba la férula del patronato político con todas sus consecuencias, nunca mayormente penosas si estriba ese patronato en la fuerza de la riqueza sin moral ni cultura.

Posteriormente la guerra y el uso que la nación norte-americana está haciendo de la victoria en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, han disipado en Hispano-América los últimos restos de la estimación y

de la confianza. En cuanto á constituir fraternidad ó familiaridad política con dicha nación, puede decirse que hechos recientes, todavía más significadores, han venido á presentar el «panamericanismo» de Washington como un genuino sarcasmo de unificación equitativa y sincera.

IX

Sabido es que ese gobierno se ha embarcado últimamente á banderas desplegadas en la política internacional del «imperialismo.» Apoyándose en la peregrina razón del «destino manifiesto,» aquel país considera como de su mayor interés el lanzarse á consumir conquistas y anexiones de pueblos. De esta manera la opinión norte-americana, á lo menos la predominante en el día, no teme que su patria entre en la carrera procelosa de las rivalidades internacionales, ni que vuelva las espaldas al orden exclusivamente jurídico de sus relaciones necesarias con los demás pueblos. De esta manera, asimismo, los Estados Unidos se declaran en pugna abierta con sus antecedentes históricos y constitucionales, no menos que con las más congénitas tradiciones de esa gran democracia liberal.

No se trata ya de aquella misión, de grado ó por fuerza civilizadora, que, en conformidad con las leyes ineludibles de la etnografía sociológica, correspondería al blanco superior respecto del negro, del amarillo y de sus progenies mestizas. No se trata de aquel providencial fardo (*burden*), que según el poeta británico Rudyard Kipling, gravita sobre el hombre de raza caucásica á través de los mares y las tierras: de acudir á «humanificar enteramente» al hombre-bestia y al hombre-demonio de las selvas y barbarismos del globo. Lo que descaradamente se quiere es someter á naciones débiles que han sabido pelear y pelean por su santa independencia; lo que se quiere, sin miramientos de justicia, es convertir en jornaleros adscritos al suelo y en vasallos consumidores, ¿á cuáles? á los mismos á quienes se estimuló á clamar, y claman, con su sangre por no ser colonos sino libres.

El destino manifiesto y el imperialismo significan, que en mitad de esa democracia trabajadora y pacífica, que daba al mundo el espectáculo alentador de un progreso gigantesco dentro de la libertad y del derecho, se va á alzar la institución de los ejércitos permanentes de mar y tierra, azote de la democracia republicana y brazo fuerte del cesarismo. Todo por ambición de riquezas y para asumir afuera la vida de gran potencia entre grandes potencias, mas también para así señorearlo todo en el interior desde el centro de la vida nacional.

X

La astucia mercantil del panamericanismo washingtoniano, rasgo de índole en una raza, ha venido por repulsión á retocar el un tanto borrado tinte latino de la Unión Americana. El fin del siglo parece ser de los materialistas fuertes. Mas no por eso habría razón para que los débiles y espiritualistas se resignasen á perecer sin resistir ni luchar. Lo cierto es que aquel fracaso del panamericanis-

¹ Notas sobre arbitraje internacional entre las repúblicas latino-americanas. Santiago, 1898, 4º de 192 X 1 páginas.

mo fué una claudicación para sus inventores, quienes no habían sabido mostrarse hermanos sino mercaderes. No sería fácil predecir si el imperialismo por destino manifiesto será ó no otro fracaso. Lo que está hoy muy á la vista es que semejante política internacional, de parte de los Estados Unidos, es una prevaricación.

Y semejante escándalo de la fuerza sin el derecho es bien para la Unión Americana, á lo menos para resurgir en la mente la idea de una comunidad internacional entre estas débiles repúblicas de origen español. Juntanse rápidamente en la memoria las actuales guerras antillana y filipina de conquista, con las cruzadas y usurpaciones filibusteras de otro tiempo, causa entonces de tanta alarma y á la vez de tanto entusiasmo. Ambas realidades, la pasada del destino implícito y la presente del destino manifiesto, mueven el entendimiento latino de acá á la recíproca, es decir, á pensar que en nuestras repúblicas acaso es también destino manifiesto la Unión Americana.

La historia de esta última enseña, que pasado el peligro de la Santa Alianza, varias veces el pensamiento viejo de la liga federativa ha dormido y vuelto á despertar. Ha despertado con sobresalto al sentir en su suelo pisadas prepotentes de usurpación ó de conquista. Hasta aquí tres naciones

poderosas de la tierra han tenido el privilegio de interrumpir ese sueño de confianza en el derecho: España, Francia y Estados Unidos. Lo que sucedió no está lejos de nosotros, y todos saben que ha pesado sobre las dos primeras la sanción del escarmiento. Quedamos esperando si éste ha de caer alguna vez también sobre Estados Unidos.

Si acaso, ello de seguro no parece hoy que será por mano de la Unión Americana. Dijimos arriba que el ibero-americanismo y el panamericanismo yacen en el sepulcro. ¡Qué mucho si la antigua Unión Americana misma se acabó ya enteramente! Nos queda tan sólo su archivo.

Si no es tarea inútil el servir á la sucesión de la difunta en la parte de los inventarios, han de verse aquí en seguida notas sueltas sobre algunas existencias de la testamentaria. El alma se desprendió del cuerpo—el cuerpo de los hechos—y voló á la mansión de la ideas inmortales. ¿Y si vuelve ese espíritu alguna vez por su cuerpo y por sus cosas al mundo real? Pondrá pleito de responsabilidad á los herederos disipadores. Estas notas han de ser por eso honrada, es decir, exactas, positivas, siempre á vista de las piezas mismas, sin nunca inscribir ni describir por lo que otros inscribieron ó describieron.

G. RENÉ-MORENO.

EL CORREDOR.

Tal cual Delfos vió á Ladas, á quien Thymós seguía,
del pueblo saludado por el inmenso acento,
así, sobre el relieve de mármol, todavía
él corre en el estadio, ligero como el viento.

Parece que su torso tiene ansias de agonía
y que su rostro baña sudor calenturiento;
parece que su mano, nerviosa en la porfía,
se tiende hacia adelante con vivo movimiento.

Presas del entusiasmo del triunfador, inflama
la sangre su sus venas de súbito la llama
que con su fuego exalta á la natura toda.

Sálese del relieve, que ya no le sujeta,
y al tacto de su mano, de la vencida meta
hasta el Olimpo surge de Píndaro la oda.

J. M. DE HEREDIA.

J. A. DE IZCUE.

LOS TRES BOHEMIOS.

Por matorrales pasando
encontré al borde de un cauce
tres bohemios descansando
á la sombra de un gran sauce.

De la tarde al postrer rayo
tocaba uno, como en ruego,
en el violín, con desmayo,
un aire lleno de fuego.

Su pipa, el otro, fumaba
cual de riquezas ingente:
vía el humo que vagaba
en el aire muellemente.

Dormía, el otro, en olvido
contento de su belleza:
(su címbalo suspendido
por cima de su cabeza

En una rama). Y el viento
con una armonía afable,
á través del instrumento
cantaba un sueño inefable.

Entre tanto sus vestidos
eran de viejas hilachas,
sus vestidos tan raídos
como sus rugosas fachas.

Pero, ebrios de independencia,
en esa ideal Hesperia,
olvidaban la inclemencia,
la injusticia, la miseria.

Y ellos me iban enseñando
cómo se engaña viviendo
de tres maneras: fumando,
tocando el violín, durmiendo.

En mi persamiento, bellos
los veo como á ningunos;
con largos, crespos cabellos,
con enjutos rostros brunos.

NICOLÁS NIEMBSCH STREHLENAU.
